

VIDA FAMILIAR

Semana de la Familia: 9-16 de febrero de 2013



LA FAMILIA
Y LA CONVERSIÓN

La conversión es el estado más importante en que se puede encontrar una persona y la familia. «El significado literal de la palabra conversión es “darse la vuelta”, “girar hacia atrás”, “volverse a”. Entonces, la conversión significa que el alma se vuelve del pecado a Dios... volverse a Dios es el acto de fe mediante el cual la salvación se hace posible» (*Diccionario bíblico adventista*, pág. 247).

En Pentecostés el discurso del apóstol Pedro fue poderoso. La multitud que escuchaba atenta y compungida dijo: «*Varones hermanos, ¿qué haremos? –Pedro les dijo– Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa y para vuestros hijos [...]*» (Hech. 2: 37-39).

Hoy la promesa se extiende tanto para los padres como para los hijos; promesa que lleve a la conversión de toda la familia. No es suficiente que hayamos sido bautizados como individuos, sino que también debe de haber un “bautismo colectivo de la familia”. Entendedme la metáfora, quiero decir que debemos vivir llenos del Espíritu Santo como individuos y también como familia. No es posible permanecer llenos del Espíritu Santo como individuos y no hacerlo en familia.

La conversión es completa o no lo es. Cada día debemos pedir a Dios nos llene con las cualidades de una familia convertida. Mirar a Jesús continuamente como familia hará cambiar nuestro punto de vista; entonces veremos a nuestros hijos, a nuestra esposa, a nuestro esposo y a nuestros padres como a hijos de Dios.

Durante esta semana vamos a acercarnos al Espíritu Santo con temas que, estoy seguro, han sido inspirados por él y que harán que en nuestras vidas se refleje mejor la vida de Jesús.

Ministerio de la Familia



Ministerios de la Familia Adventista

Director de la revista: Antonio del Pino

EQUIPO EDITORIAL:

Coordinación de producción: Esther Amigó

Coordinación editorial: Alejandro Medina

Editora: Raquel Carmona

Diseño y maquetación: Javier Zanuy

Procesos informáticos: Javier Zanuy

Producción: Martín González

Publica: EDITORIAL SAFELIZ

Pradillo, 6 - Pol. Ind. La Mina

28770 Colmenar Viejo, Madrid (España)

tel. [+34] 918 459 877

fax [+34] 918 459 865

e-mail: admin@safeliz.com

www.safeliz.com

Promueve: MINISTERIO DE LA FAMILIA

COLABORADORES:

Simona Adriana Anca

Daniel Bosqued

Jesús Calvo

Luis Alberto Fernández

Sergiu Eduard Gavril

Antonio Martínez

Cornel Serban

Elena White

Año 5 / n° 5

Impresión: AGS

Bell, 3, Pol. Ind. San Marcos

28906 Getafe (Madrid)

IMPRESA EN ESPAÑA

Contenido

- 3 Primer sábado mañana
**La familia,
el primer campo misionero**
- 5 Primer sábado tarde
En presencia del Espíritu Santo
- 8 Domingo
Los padres como influencia silenciosa
- 11 Lunes
**La importancia de los primeros siete
años de la vida**
- 14 Martes
La familia y los valores cristianos
- 17 Miércoles
En la iglesia, todos somos familia
- 20 Jueves
¿Soy yo guarda de mi hermano?
- 22 Viernes
La religión en familia
- 25 Segundo sábado
Jesús, nuestro ejemplo

La familia, el primer campo misionero

Lo primero que me gustaría hacer es fijar vuestra atención en el título. En él aparecen tres ideas que sería bueno considerar. Son como tres puertas, que, si se mantienen abiertas, podremos entender muchas de las cosas que irán surgiendo a lo largo de la vida. Si, por el contrario, se mantienen cerradas, harán que nuestro caminar por este mundo esté lleno de incertidumbres, dudas e incomprensiones.

Tres ideas

1. **La familia.** Hablar de la familia es hablar de algo que nos afecta a todos. Para bien o para mal, todos estamos marcados por la familia. En condiciones normales, nacemos, crecemos y nos hacemos en su seno. Aún podemos ir más lejos, toda nuestra vida irá marcada, orientada y limitada por la familia. Por esta razón, la palabra "familia" se mueve en el terreno de los afectos. La neutralidad no existe. Solo hay dos posibilidades: una experiencia positiva y enriquecedora, o una experiencia negativa que tenderá a entristecernos y nos empujará a huir de la realidad.
2. **El primer...** ¿Qué quiere decir esto? La palabra lo deja bien claro, la familia es la primera, no hay antecedentes. Cuando venimos a este mundo, no hay prejuicios, ni preconceptos, ni formas de pensar, ni nada que vaya en esta dirección. Todo esto, y mucho más, se irá forjando a través de las experiencias. Serán necesarios tan solo unos años de vida para encontraremos con una realidad: cuando miremos a nuestro alrededor, lo haremos a través de un filtro, este hará que veamos la realidad desde el lado positivo o desde el negativo.
3. **Campo misionero.** El tercer concepto hace referencia a algo intrínseco en el ser humano, la espiritualidad. El problema de la espiritualidad es que, al no verse, al no tocarse, algunos piensan que no

existe. Pero la espiritualidad es la responsable de que aparezcan en el ser humano cualidades tan significativas como la fe, la nobleza, la dignidad, la paz interior, la confianza plena, etcétera.

Resumiendo las tres ideas diremos, que la familia será el lugar donde:

- El ambiente construirá la raíz que dará estabilidad a nuestra vida.
- Las oportunidades, propiciarán la madurez y la fortaleza para enfrentar los desafíos.
- Las experiencias construirán la lente con la que miraremos el mundo que nos rodea.
- Estabilidad, fuerza y visión, vendrán a ser cualidades imprescindibles para vivir en este mundo y después entrar en la eternidad.

Los peligros

Hablemos brevemente de los peligros. La familia no solo es *el primer campo misionero*... sino que, además, es *el mejor*. Se ha comparado la familia con un jardín donde, si solo crecieran flores, sus colores y fragancia, harían que la vida se convirtiera en algo agradable y gratificante para todos. Aplicando esto a nuestra realidad, diríamos lo siguiente: si en los hogares solo naciesen flores –léase, cariño, comprensión y paciencia–, viviríamos en un mundo donde las personas irradiarían confianza, ilusión y esperanza, y la expresión de todo esto serían sonrisas a raudales. El problema es que en el jardín hay cardos que pinchan, dañan y destruyen.

Las Escrituras, desde su inicio, intentan advertirnos justamente de esto. Dios puso al hombre en un jardín lleno de flores, pero alguien plantó cardos. A partir de entonces, el hombre se moverá entre situaciones contradictorias: la alegría y el dolor, la noche y el día, la confianza y la duda, la salvación y la pérdida. Consideremos tres ejemplos ubicados en las tres



Jesús Calvo
Presidente de la Unión
Adventista Española,
licenciado en Psicología.

dimensiones del tiempo y que la Escritura nos presenta:

- **El árbol de la ciencia del bien y del mal.** Este árbol tenía un propósito claro, ser el mejor árbol de todos. Era el único lugar donde el hombre podía hacer algo para Dios, expresar su agradecimiento. Sin embargo, ¿en qué se convirtió? En lugar de ser fuente de alegrías, se convirtió en su peor maldición.
- **La Iglesia.** Jesús la fundó con un propósito, que fuese un lugar de refugio, de bendición y de enriquecimiento para el creyente. ¿Qué es lo que está ocurriendo? Que para no pocas personas, la iglesia no es lo que debería ser, sino todo lo contrario.
- **La lluvia tardía.** Considera la razón por la cual Dios la enviará. Sin duda que para el reavivamiento espiritual, para que todos volvamos al Señor y terminemos la obra. ¿Qué producirá? El Señor nos adelanta que habrá confusión y duda. De forma que muchos abandonarán la fe. ¿Por qué? Porque el enemigo presentará un reavivamiento falso y no todos se darán cuenta de este hecho.

¿Cómo es posible que las cosas que Dios ha hecho, hace y hará para la felicidad y ayuda de la raza humana sean a la vez causa de su ruina? Sin duda que ya sabes la respuesta. Hay un enemigo que sabe hacerlo muy bien. Ha generado un mundo paralelo, muy difícil de comprender, donde todo se mezcla, donde no hay nada claro en sí mismo. Una mirada a nuestro mundo así lo certifica: lo que parece, no es y lo que es, no lo parece. El que es, es, pero no del todo; y el que no es, no está claro que no sea. ¿Te das cuenta de qué realidad más extraña? La pregunta es ¿qué hacer?

La siembra

Teniendo en mente todo lo dicho, podemos comprender la importancia que tiene la familia a la hora de formar y preparar a los recién nacidos. Hemos mencionado tres cualidades que son imprescindibles para vivir esta vida: la estabilidad, la fuerza y la visión.

No se vive igual la vida tirado en el suelo que estando de pie, por eso es tan importante la estabilidad.

No se enfrentan igual los desafíos siendo fuerte que siendo débil, por eso es tan necesaria la fuerza.

No se vive igual viendo las cosas claras que no sabiendo lo que se ve, por eso es tan importante la visión.

Estas tres cualidades se forjan en ese lugar especial que llamamos hogar. Hay, no obstante, un peligro a considerar, que el hogar, en lugar de ser un jardín de flores, se convierta en un lugar lleno de cardos donde, en lugar de generar ilusión, propicie desconcierto y abatimiento. Es, pues, necesario saber no solo dónde sembrar, sino cómo conseguir que la semilla que se siembre sea para vida y no para muerte. La respuesta nos la da Aquél que está a nuestro lado y se siente preocupado por nuestra felicidad; su nombre es Dios. En el Salmo 127 leemos: «*Si el Señor no edificar la casa, en vano trabajan los que la edifican; Si el Señor no guardare la familia en vano velan los padres. Por demás es que uno se levante de madrugada, o se vaya tarde a reposar o que coma pan de dolores*» (Sal. 127: 1, 2. El destacado es nuestro).

¿De qué nos habla el salmo? De enfocar las cosas para centrarnos en lo verdaderamente importante. Hay que sembrar la semilla, claro que sí. El lugar ideal para la siembra es el hogar, claro que sí. Pero hay algo que no deberíamos olvidar, si el Señor no está en el hogar, la siembra que hagamos no funcionará. Porque recuerda que él es el que protege, guarda y ayuda para que la siembra sea buena y haya mucho fruto, impidiendo al enemigo hacer su extraña obra.

Objetivo a conseguir

Todos sabemos que las tres semillas son importantes. Ahora, dime una cosa, ¿dónde crees tú que va a atacar el enemigo? Sin duda que en la visión. Si el enemigo consigue nublar nuestra vista, no podremos ver bien la realidad y, al no ver bien, nos volveremos débiles y en la debilidad es fácil perder la estabilidad y caer. Si queremos levantarnos, avanzar y vencer, no nos queda más remedio que enfocar la visión para poder ver. Pero ver, ¿qué? Aquí está, una vez más, la clave. El objetivo a conseguir en esta vida es ver a Dios, porque esta visión será fundamental para permanecer, vencer los desafíos y llegar finalmente al “Hogar”.

¿Cómo ver a Dios? Hay algo que sería bueno tener en cuenta, la visión clara de Dios no se produce de forma automática. Son necesarias varias cosas y que yo resumiré de la siguiente manera: fe, iglesia y Dios. ¿Qué tienen estas tres cosas en común? Aunque son realidades diferentes, la mente humana las une, de forma que son percibidas como parte de una misma realidad. La primera es la base o fundamento, la segunda es el medio y

la tercera es el todo, el objetivo final. ¿Por qué esta especie de gradación? Ya hemos dicho que la razón está en que la mente humana funciona así. Para llegar a conocer a Dios, es necesario aceptar la existencia de realidades que trascienden al mundo físico; es decir, que no se ven. Esto se va a conseguir a través de la fe.

Es necesario leer, orar, escuchar, convivir, comentar, alabar y esperar durante toda una vida. Esto se va a conseguir a través de la iglesia.

A través del paso uno y del paso dos, es posible ir viendo cada vez con más claridad, a ese Dios que nos creó, nos redimió y sigue a nuestro lado porque lo que más desea es llevarnos para su reino.

Conclusión

Para concluir, me gustaría que nos hiciésemos una pregunta, ¿cómo está nuestro mundo? Si piensas un poco, verás que la respuesta más apropiada sería decir: “lleno de problemas”. Y esos problemas, sobre todo, ¿de qué tipo son? Aunque te extrañe, no son los económicos, o los desafíos de la vida, o las circunstancias adversas, no. Los problemas reales de nuestro mundo se encuentran en el ámbito de las emociones. Emocionalmente, nuestro mundo es inestable y débil. Cualquier problema de cierta relevancia desestabiliza nuestra vida y, con frecuencia, la vida se desmorona, cayendo en la desesperación. Pero, ¿por qué a nuestro mundo le pasa esto? Porque su visión de Dios o no existe o está distorsionada.

Recordemos las palabras del salmista, «*si Dios no edificar la casa [...]*». Dios debe edificar nuestra vida; pero, ¿cómo va a edificarla si nuestra visión de él no existe o está desajustada? Por eso que bueno es recordar que la familia es el primer campo misionero donde cada miembro debe aprender, por un lado, la importancia de la fe y, por otro, la necesidad de la iglesia. Ambas nos ayudarán a encontrarnos con Dios, y esta experiencia cambiará nuestra vida aportándonos fuerza para luchar y estabilidad para mantenernos de pie frente a los embates de la vida.

Mi deseo final para este primer día es que Dios ayude a todas las familias para centrar sus esfuerzos en transmitir una imagen correcta de Dios. Solo así nos libramos de un mundo extraño y malo que pretende confundirnos y complicarnos en el regreso hacia el “Hogar”. Que así sea. Amén.

En presencia del Espíritu Santo



Egipto había sufrido la plaga del granizo, algo nunca visto en aquellas tierras. La tormenta llegó tal y como había sido anunciada: truenos, granizo y fuego, todo ello mezclado. Y tan grande llegó a ser que todo lo que estaba en el campo fue herido de muerte: hombres, animales, la hierba del campo, las cosechas, etcétera. Hasta los árboles del país fueron desgajados bajo esta terrible plaga. Solo se salvó la región de Gosén (lugar en donde moraba el pueblo de Dios). El Señor protegió con su Espíritu a su pueblo, advertido por Moisés y Aarón. Y aquellos que creyeron la palabra del Señor, protegieron su ganado y sus personas, pero los que despreciaron la advertencia, sufrieron lo anunciado. Cada uno pudo decidir por sí mismo.

Con esta, habían caído ya sobre Egipto siete de las diez plagas que describe la Escritura.

Moisés advertía ahora al Faraón que, si seguía sin obedecer la voz de Dios, el Señor enviaría una plaga de langostas como «nunca vieron tus padres ni tus abuelos, desde que ellos habitaron estas tierras, hasta hoy» (Éxo. 10: 5, 6).

Los consejeros del Faraón estaban aterrorizados. Toda la tierra sufriría una terrible hambruna con las cosechas destruidas y casi todo el ganado muerto. Los príncipes, desesperados, se acercaron corriendo al Faraón y le suplicaron una solución urgente. «Deja ir a estos hombres para que sirvan a Jehová su Dios; ¿acaso no sabes aún que Egipto está destruido?» (vers. 7).

Faraón mandó llamar a Moisés y a Aarón y les dijo: «Andad, servid a Jehová vuestro Dios. ¿Quién y quién son los que han de ir?» (vers. 8).

La respuesta de Moisés, de parte del Señor, fue muy clara: «Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros viejos; con nuestros hijos y con nuestras hijas; con nuestras ovejas y con nuestras vacas hemos de ir» (vers. 9).

Pero el Faraón se llenó de ira, y gritándoles les dijo: «No será así, id vosotros los varones y servid a Jehová: pues esto es lo que vosotros pedisteis. Y los echó de delante del Faraón» (vers. 11).

Así actúa siempre el diablo. Desde el origen de la creación de la familia, esta ha sido objeto de su ataque constante.

¿Recordáis la plaga siguiente a las langostas? La plaga de tinieblas. Hay un detalle extraordinario que puede pasar desapercibido: «Hubo densas tinieblas sobre toda la tierra de Egipto, por tres días. Ninguno vio a su prójimo, ni nadie se levantó de su lugar en tres días; mas todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones» (vers. 22-23). ¡Qué impactante!, ¿verdad? La luz de la presencia de Dios entre su pueblo permitía que esta plaga de tinieblas no tuviera ningún efecto sobre sus hijos. ¿Quién mora en tu hogar? ¿Por qué no permitir que la bendición de Dios ilumine tu matrimonio y toda tu familia mediante la presencia de su Espíritu?

Ataques contra la familia

Hoy no son tiempos fáciles para la familia. Es una de las instituciones creadas por el Señor que más ataques está sufriendo por todos los lados. El enemigo está usando distintos caminos que solo tienen como



Luis Alberto Fernández
Secretario
de la Unión Adventista Española.

objetivo final producir sufrimiento, dolor y destrucción dentro de esta institución santa. Solo pensar en ello, asusta.

Lo más terrible del caso es que los cambios estructurales que está experimentando la familia como resultado de tantos ataques, pueden terminar por aceptarse como algo natural, y no como una alteración del plan ideal de Dios.

El diablo no va a parar en su empeño de producir más y más dolor.

Recuerdo que hace años los problemas familiares sucedían en España de una manera muy esporádica. Actualmente, las situaciones de pareja, las rupturas matrimoniales, los problemas con los hijos, terminan por afectar de forma tan directa a la iglesia que han adquirido en nuestros días una complejidad abrumadora.

Hoy estamos viviendo una tragedia con muchos de nuestros jóvenes abandonando la iglesia por distintas razones. Pero cada vez son más los que lo hacen como resultado de uniones con aquellos que no tienen su misma fe. Son muchos los matrimonios de creyentes con no creyentes que viven sometidos a una fuerte presión de todo tipo..., y que termina por afectar su vida espiritual y su compromiso y fidelidad con Dios.

Sin embargo, es erróneo pensar que somos responsables de las decisiones que toman nuestros hijos. Sí, somos responsables de su formación, del ejemplo que les demos, de amarlos incondicionalmente, de orar por ellos,



de llevarlos cada día a los pies de Jesús. Pero no lo somos de sus actitudes, ni de sus sentimientos o decisiones.

También es erróneo pensar que podemos rescatar a aquel esposo, o esposa, o hijos, que se marcharon lejos de Dios. El padre en la parábola del hijo pródigo no salió detrás de su hijo para ayudarle a resolver sus problemas. Tuvo que dejar que las consecuencias de su vida equivocada impactaran la conciencia y le ayudaran a volver en sí, a volver de nuevo al Padre.

Nuestros hijos ni siquiera nos pertenecen. Son sencillamente el regalo que Dios nos ha dado, como un préstamo en esta vida. Ellos le pertenecen enteramente a él. Por eso, todo lo que podemos hacer es confiarlos a su completo cuidado, pensando que *el Señor nunca dejará de buscarlos*. El Espíritu Santo trabajará de forma imperceptible para alcanzarlos.

El destino de cada uno de nosotros depende enteramente de las decisiones individuales que tomamos (pequeñas o grandes). Ni siquiera el destino de nuestros hijos depende de sus padres, sino de su individual capacidad de elección. Nosotros debemos estar ahí para ayudarles en su formación, para que aprendan a conocer a Dios, a amarlo por sí mismos, y a vivir escogiendo a Dios en todas las decisiones de sus vidas.

¿Has pensado en que todo lo que a ti y a mí se nos escapa, el Espíritu de Dios tiene caminos que no conocemos, y que usa para acercarnos a él? ¿Por qué no dejarlo todo en

sus manos? ¿Por qué no dejar que trabaje a su manera, en sus tiempos, y no en los nuestros? Piensa que durante todos los años alejados de Dios, la semilla del evangelio permanece plantada en el corazón de muchos produciendo su tranquila influencia por el mismo poder y la presencia del Espíritu Santo.

¿Qué sería nuestra vida sin su influencia y sin su presencia! Ni una sola conversión habría sin su influencia. Ni siquiera habría en nosotros el impulso diario de buscar a Dios, si no fuera porque el

Espíritu Santo trabaja hasta en los más pequeños detalles para acercarnos a Dios.

Tal vez «no sepamos definir la naturaleza del Espíritu Santo, pues no es esencial para nosotros hacerlo», dice Elena White (*Hechos de los apóstoles*, págs. 42, 43), pero sí saber que es el único que puede impulsar nuestras vidas y las de nuestras familias al arrepentimiento y a una entrega completa al Señor.

Qué hermoso saber que el Creador de la institución familiar siempre ha velado, y lo sigue haciendo, por la familia. Todos debían salir juntos, señala el texto bíblico: «*nuestros niños y nuestros viejos, nuestros hijos y nues-*

demasiado tiempo la tragedia de hogares destruidos, matrimonios destrozados, que ya no se diferencian de aquellos que se rompen entre los que no conocen al Señor. Algo tiene

conversión del esposo, o de la esposa, necesitamos orar con más fervor e intensidad que nunca antes, intercediendo con seguridad en lo que Dios puede hacer por todos ellos, y por



tras hijas; con nuestras ovejas y con nuestras vacas [...]; porque tenemos que celebrar fiesta a Jehová» (vers. 9).

«Cristo ha tomado toda medida necesaria para que cada padre y madre que quiera ser dirigido por el Espíritu Santo reciba fuerza y gracia para enseñar en el hogar. Esta educación y disciplina en el hogar ejercerán una influencia modeladora» (Elena White, *El hogar cristiano*, pág. 185).

Ha llegado la hora de volver de nuevo a los principios. Ha llegado el momento de vivir en la presencia del Espíritu, siguiendo su dirección y su poder. Ya hemos sufrido

que cambiar entre nosotros. Algo tiene que marcar la diferencia entre los que decimos vivir para Dios y los que no saben de él, o no quieren saberlo.

Conclusión

En la historia de Israel en Egipto, las familias salieron juntas. Los hijos salieron junto a sus padres, y los más viejos lo hicieron también. Todos debían ir a adorar al Señor, a encontrarse con él. Hoy no debe ser diferente. Estamos en vísperas del mayor acontecimiento de toda la historia: *¡Jesús viene!*, y esto debe hacer que intensifiquemos nuestros esfuerzos por vivir una vida en el Espíritu de Dios, una vida de oración y de consagración como nunca antes. Esta es una época solemne en la que, lejos de desmayar ante la marcha de nuestros hijos de la iglesia, o la falta de

nosotros mismos. Puede ser que el Señor te conceda el privilegio de verlo regresar a la iglesia y vivas su conversión y entrega a Dios; pero puede ser que no lo veas en esta vida y, sin embargo, tengas el privilegio de abrazarlo en el Reino de los cielos como resultado del trabajo imperceptible que el Espíritu Santo habrá realizado a lo largo de sus vidas, hasta producir su entrega a Dios.

«Dios desea que toda persona comience en el hogar a vivir la vida cristiana. El hombre será en la iglesia y en el desempeño de cualquier trabajo, exactamente como es en el hogar. Si se somete en el hogar a la dirección del Espíritu Santo, si discierne allí su responsabilidad de tratar con la mente humana, entonces, cuando ocupe un puesto de responsabilidad, se conducirá de la misma manera. Al recordar la ternura que Cristo le manifiesta, demostrará a los demás la misma ternura y el mismo amor [...]» (Elena White, *Hijos e hijas de Dios*, pág. 257).

¿Quiénes somos realmente? ¿Dejaremos que el Espíritu Santo dirija nuestra vida para que, con toda nuestra familia, no faltemos a la cita con Jesús en la eternidad?

Los padres como influencia silenciosa



«Cualquier persona
puede ser un padre.
El reto es llegar
a ser un buen padre».
(Anónimo)

Un pasaje citado en muchas ocasiones en el desarrollo de temas sobre educación: Deuteronomio 6: 5-9. El mensaje obvio está vinculado a la importancia de enseñar a los niños los mandamientos divinos. Para lograr este ideal, estamos llamados a repetirlos, ponerlos como un recordatorio y escribirlos. Como hay varios métodos, así hay varias ocasiones en el tiempo, varios lugares y oportunidades diferentes. Tenemos que poner a los niños frente a las enseñanzas de Dios en el espacio apropiado del hogar, en situaciones adversas en el extranjero, por la mañana y por la noche, en los momentos de acción y en los de contemplación, en la entrada y a la salida del área personal.

Todas estas acciones que implican un esfuerzo constante, sacrificios y espíritu creativo tienen efecto si se construyen sobre una base sólida: la influencia silenciosa. Los niños escucharán las enseñanzas, seguirán el consejo y, al final, adoptarán los principios divinos en su sistema propio de valores si estos se unen, o mejor, si están precedidos por el mensaje que nosotros como padres transmitimos a través de nuestras vidas.

Para ello, la primera enseñanza del pasaje citado se refiere precisamente a lo que nosotros como padres debemos ser: «Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas. Estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón». Todo lo que enseñé a mi hijo está construido

sobre lo que soy, sobre los principios intrínsecos que me definen como ser moral. ¡Solo los mandamientos que se encuentran en el corazón de los padres se integrarán en la mente y en las vidas de los niños!

Vivimos en un mundo sobreenfomatizado. Es bastante fácil escuchar mensajes espirituales en el tiempo de los "mp3". Es fácil poner frente a tu hijo la información en los tiempos de la pantalla táctil. El gran reto es ponerlos frente al modelo, que tú seas la información, parte del mensaje espiritual. Para lograr este ideal es más importante lo que hacemos cuando estamos en el hogar, cómo nos comportamos cuando nos preparamos para un viaje o lo que hacemos durante el mismo. Es más importante cómo abrimos o cerramos las puertas que lo que está escrito en ellas.

Los niños aprenden lo que viven

En gran medida, nuestros niños copiarán nuestros rasgos de carácter. Más tarde, actuarán imitando la forma en que hemos actuado en diversas situaciones de la vida. El modo de pensar, la manera de comunicar, los principios básicos se reproducirán en gran parte en sus vidas. Destacando la importancia de la influencia silenciosa en la casa, Elena White escribió: «Todo deja una marca sobre la mente de los jóvenes. Estudian la expresión del rostro, la voz ejerce su influencia sobre ellos e imitan con exactitud el comportamiento [...]. Los hijos deben ver en la vida de



Sergiu Eduard Gavril
Pastor de la Iglesia de
Madrid-Ebén Ezer.



sus padres una coherencia acorde con su fe. Al llevar una vida coherente y ejercer el dominio propio, los padres pueden moldear el carácter de sus hijos».¹

Estudios recientes evidenciaron una base científica sólida para esta observación espiritual. Las águilas jóvenes tienen ya, antes de abandonar el nido por primera vez, decenas de horas de vuelo, simplemente observando sus padres. A nivel neuronal, todo está listo para el primer vuelo, el modelo está ya impreso. Esto es válido para los seres humanos. Se han descubierto una nueva clase de células nerviosas, las neuronas espejo. Se activan cuando una persona realiza una acción y cuando está observando a otra persona haciéndola.^{2, 3, 4} A través de nuestra influencia silenciosa, creamos en nuestros niños una plantilla para las acciones futuras, determinando en gran medida su comportamiento y sus elecciones.

Los investigadores han realizado un experimento en el que un adulto efectúa una acción (el montaje de una caja) siguiendo varios pasos, la mayoría de los cuales no eran necesarios. Los niños que han participado en el experimento observando el proceso han repetido todas las etapas como un ritual. Esto ocurrió bajo la presión del tiempo, a pesar de que se les pidió no hacer acciones innecesarias.⁵

Todos somos influenciados e influimos en otros. Comportarse pensando que lo que hago se convertirá en una ley universal no es

solo un concepto filosófico,⁶ sino que pasa todos los días en la relación padre-hijo. En la primera etapa del desarrollo moral, la influencia silenciosa de los padres modelará la percepción del bien y del mal en los niños. Este modelo podría determinar un destino: «Los padres dan a sus hijos un ejemplo de obediencia o de transgresión. Por su ejemplo, o enseñanza, se decidirá en la mayoría de los casos el destino eterno de sus familias. En la vida futura, los hijos serán lo que sus padres los hayan hecho».⁷

Áreas donde la influencia de los padres es determinante

Hay algunas áreas donde la influencia silenciosa es decisiva:

1. **Los roles asumidos y las relaciones.** Necesitamos conocer y vivir los roles familiares encomendados por Dios. Los niños aprenderán de nosotros. En un libro sobre la familia, se está enfatizando esta verdad y se le dedica un capítulo entero: «Como es la madre, así es la hija», «como es el padre, así es el hijo».⁸ Un día, cuando formen sus propias familias, los niños van a seguir el modelo sus padres. Gestos, palabras, actitudes y acciones se replicarán en gran medida.

La influencia silenciosa será también determinante en las decisiones importantes. Los niños que crecen en familias que pasaron por un divorcio tienen una proba-

bilidad más alta en la vida adulta de vivir una experiencia similar. Se habla incluso de una transmisión del divorcio como solución de una generación a otra.⁹

Además, un niño que vive en calidad de testigo/víctima en un entorno caracterizado por la tensión y la violencia doméstica, desarrollará un comportamiento violento hacia otros niños y hacia su madre. A largo plazo, seguirá siendo violento en su propia familia. Crecer en un ambiente violento es el segundo en importancia en la lista de los factores predictivos de un comportamiento violento.^{10, 11} Los padres tienen que vivir el ideal presentado en el Salmo 101: 2-4.

Uno de los regalos más importantes que podemos hacer a nuestros hijos para su relación matrimonial que ellos disfrutará más tarde, es el bello modelo que se puede ver en nuestra vida cotidiana como padres y cónyuges.

2. **La equidad, la coherencia y el respeto.** Los niños y adolescentes son particularmente atentos y perciben toda conducta inconsistente. Esperan de nosotros no encontrar ninguna diferencia de nivel entre lo que decimos y lo que hacemos, lo privado y lo público, el sábado y los otros días, la iglesia y el hogar. Nos observan y, un día, van a copiar nuestra forma de respetar la ley y la autoridad. Como padres, no somos solo el primer manual sino el más importante.¹²



El Antiguo Testamento nos da ejemplos en los cuales veremos cómo han sido copiados hábitos y patrones de comportamiento. Abraham dijo que Sara era su hermana (Gén. 20). Años más tarde, en el mismo lugar, su hijo Isaac tiene un comportamiento similar (Gén. 26). El rey David cometió adulterio y asesinato (1 Sam. 11). Sus hijos siguieron su ejemplo (Amnon y Absalón, 2 Sam. 13). Hay también muchos ejemplos hermosos. A veces, incluso la misma persona, viendo los efectos de su mala conducta, hizo cambios importantes (Gén. 18: 19).

3. **La relación con Dios.** Un día, nuestros hijos van a dirigirse a Dios usando la palabra "Padre". ¿Qué carga tendrá para ellos? En el segundo mandamiento, Dios dice: «Yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso,

que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia por millares a los que me aman y guardan mis mandamientos» (Éxo. 20: 5-6).

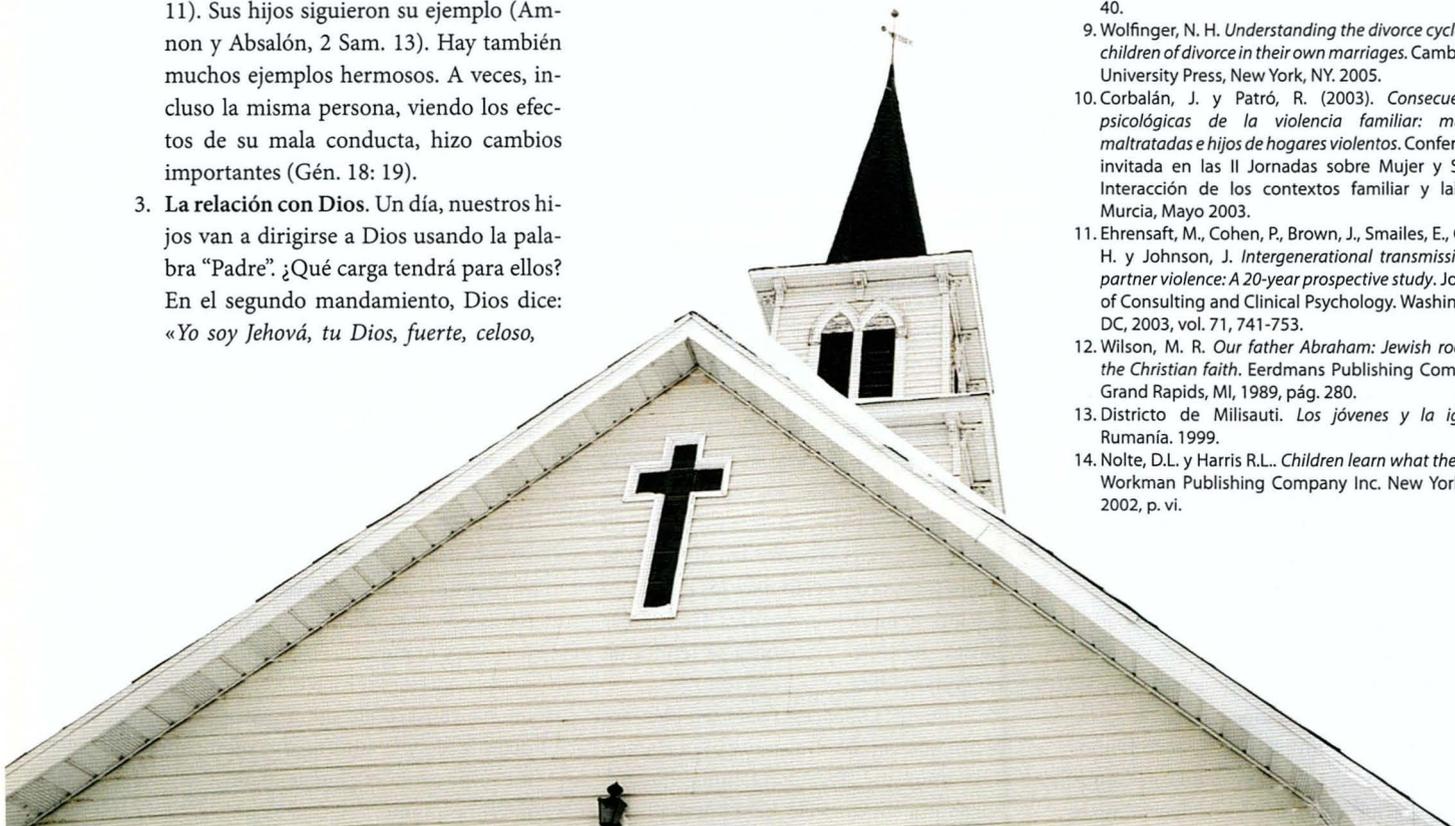
Aunque hay excepciones, en muchos casos, el amor o el odio hacia Dios se ha transmitido de generación en generación (las genealogías de Gén. 10: 1-32, versículo 25. Algunos llegarán a Babel [capítulo 11], otros son los descendientes de Abraham [capítulo 12]). El amor de Dios y la ley escrita en el corazón tendrá un impacto que va a producir resultados duraderos (Isa. 8: 18).

4. **La implicación en la iglesia.** En un estudio (1999), se destacó la relación entre padres involucrados en la vida de la iglesia y jóvenes siguiendo sus ejemplos.¹³ El modelo paternal se evidenció como el primer factor determinante. La mayoría de las veces, un niño no superará el nivel de sus padres en cuanto a interés y participación en la vida de la iglesia. Muchos, antes de ser llamados u ofrecerse para un tal ministerio, ya tienen preparada la respuesta observando a los padres (Heb. 12:13).

¡Todos somos hijos de Dios! Juntos podemos decir: «¡Pero tú eres nuestro padre! [...] Tú, Jehová, eres nuestro padre. Redentor nues-

tro es tu nombre desde la eternidad» (Isa. 63: 16). Estamos llamados a vivir y a conducir a nuestros niños en esta relación salvadora con Dios. Ellos serán en gran parte una proyección de nuestro modelo. «¡Los niños aprenden lo que viven! [...] ¿Cómo viven tus hijos?»¹⁴

1. White, E. *Testimonies for the Church*. Academy Enterprises, Inc, Harrach, OK, vol. 4, pág. 621.
2. Society For Neuroscience. (2007). *Mirror, mirror in the brain: Mirror neurons, self-understanding and autism research*. *Science daily*. Retrieved October 17, 2012, from <http://www.sciencedaily.com/releases/2007/11/071106123725.htm>.
3. Association for Psychological Science. (2011). *Monkey see, monkey do? The role of mirror neurons in human behavior*. *Science Daily*. Retrieved October 17, 2012, from <http://www.sciencedaily.com/releases/2011/08/110801120355.htm>.
4. Iacoboni, M., Woods, R. P., Brass, M., Bekkering, H. (1999). *Cortical mechanisms of human imitation*. *Science*. <http://baillement.com/imitation-rizzolatti.html>.
5. Yale University. (2007). *Humans appear hardwired to learn by 'Over-Imitation'*. *Science daily*. Retrieved October 17, 2012, from <http://www.sciencedaily.com/releases/2007/12/071205102433.htm>.
6. Kant, I. *Fundamental principles of the metaphysics of morals*. The Pennsylvania State University, Pennsylvania, PA, 2010, pág. 37.
7. White, E. *Testimonies for the Church*, Academy Enterprises, Inc, Harrach, OK, Vol. 6, pág. 120
8. Gary, C. *Things I wish I'd known before we got married*. Northfield Publishing. Chicago, IL, 2010, págs. 33-40.
9. Wolfinger, N. H. *Understanding the divorce cycle: The children of divorce in their own marriages*. Cambridge University Press, New York, NY. 2005.
10. Corbalán, J. y Patró, R. (2003). *Consecuencias psicológicas de la violencia familiar: mujeres maltratadas e hijos de hogares violentos*. Conferencia invitada en las II Jornadas sobre Mujer y Salud: Interacción de los contextos familiar y laboral. Murcia, Mayo 2003.
11. Ehrensaft, M., Cohen, P., Brown, J., Smailes, E., Chen, H. y Johnson, J. *Intergenerational transmission of partner violence: A 20-year prospective study*. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*. Washington, DC, 2003, vol. 71, 741-753.
12. Wilson, M. R. *Our father Abraham: Jewish roots of the Christian faith*. Eerdmans Publishing Company. Grand Rapids, MI, 1989, pág. 280.
13. Distrito de Milisauti. *Los jóvenes y la iglesia*. Rumanía. 1999.
14. Nolte, D.L. y Harris R.L. *Children learn what they live*. Workman Publishing Company Inc. New York, NY, 2002, p. vi.



La **IMPORTANCIA** de los primeros **SIETE AÑOS** de la **VIDA**



No podemos creer a los que dicen que en los primeros siete años del niño todo es un juego. Esta idea no tiene ningún valor en la actualidad. La personalidad de un niño puede ser modelada, y el cerebro permanece moldeable toda la vida. Le doy gracias a Dios porque podemos cambiar tanto a los tres añitos como a los treinta. Pero, en realidad, no deja de ser verdad que los primeros siete años tienen una gran importancia para el futuro de todos nosotros y en todas las áreas. También es decisivo que este periodo sea positivo en todos los sentidos.

Los niños nacen sin manual de instrucciones

Todavía puedo recordar algunas madres que lloraban el día que tenían que salir del Centro Maternal donde trabajaba yo y llevar a su bebé a casa: "¡No sabré que hacer con él yo sola!"

Antes, cuando nacía el primer niño, su madre recibía la ayuda de sus parientes, amigas, vecinas que venían para brindarle consejos y apoyo. Nadie leía libros sobre la educación de los niños, pero eso no importaba. Poseían la experiencia personal y la sabiduría popular para tratar a los niños. Tenían respuestas (no siempre correctas) para cada situación.

Sin embargo, con la desaparición de esta "familia extendida" (a causa de la inmigración, por ejemplo), la labor de los padres se convirtió en algo aterrador.

Hoy en día, uno de los argumentos que muchos padres aducen para justificar la dificultad de educar a sus hijos es que estos vienen sin un manual de instruccio-

nes que les indique lo que deben hacer con los niños en cada situación de vida o, por lo menos, en los más importantes momentos de cada edad. Una broma conocida dice que una lavadora viene con un manual traducido en 20 idiomas, pero un niño viene sin nada...

Pero, ¿serían mejores padres con un manual? ¿Cómo podrían caber en una lista de reglas preestablecidas por un especialista las características de cada persona cuando cada persona es un manual en sí?

Estos días voy a aprender a trabajar con un ordenador portátil nuevo, pero no pienso leer todo el manual de instrucciones, que es un libro bastante gordo. Voy a aprender a usarlo en la práctica, trabajando cada día con él. Voy a usar algunos conocimientos básicos y luego interactuando con el ordenador.

De la misma manera, una madre o un padre comprende a sus hijos relacionándose con ellos después de aprender los conocimientos básicos de una relación y su lenguaje. Se trata de aprender cosas nuevas, diferentes y luego de escribir el manual de cada relación.

¿Cuidar o educar en los primeros siete años?

«Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (1 Juan 3: 18).

Educar es mucho más difícil que cuidar porque es preparar para la vida. Los primeros años de un niño están gobernados por la necesidad de jugar, de aprender cosas. En cada juego y en cada movimiento descubre valores y reglas en un proceso de aprendizaje natural. Poco a poco va a aprender. Decir de pronto



Simona Adriana Anca
Directora de Ministerio
de la Mujer de la UAE.

“no” a algo que él ha hecho ya muchas veces significa restaurar, y siempre es más difícil restaurar algo que construirlo.

Cuando ya puede moverse solo, el niño necesita aprender lo que puede y lo que no puede hacer. Al caminar, tiene que aprender que no se pueden subir las paredes y cuando se cae, los padres no tienen que ir desesperados a ayudarlo si no está seriamente lastimado. Es importante valorar en cada momento lo que realmente pasa. Los golpecitos que los adultos damos a la cama diciendo “¡Cama mala!” transmite la idea equivocada de que las caricias quitan el dolor y los equivocados son siempre los demás. También se crea inseguridad en el niño por la precipitación y la reacción exagerada de los adultos.

En los primeros años de vida, los padres han de prestar atención a sus reacciones, ya que es probable que su hijo las copie. Si los padres afrontan con naturalidad el hecho de que se caiga, la próxima vez el niño se podrá levantar solo y seguir su camino.

En las peleas entre hermanos, hay padres que fingen pegar al mayor para que el menor

albergue la idea de que hizo justicia. Esa es una manera de perpetuar la violencia con la ley del más fuerte (o más tarde, del más rico en la iglesia o en la escuela). Por desgracia ese tipo de madres y padres trata de cambiar la sociedad, la iglesia o la escuela y pretenden que todos acepten la inadaptación de sus hijos que no han sido educados, sino cuidados. Pero el precio se va a pagar después de estos siete años.

¿Estarán preparados para ser independientes y responsables de sus acciones? ¿Estarán los hijos en condiciones de cuidar a las personas que tanto cuidaron de ellos?

Los niños no deben ganar siempre

La sabiduría natural de los niños hace que jueguen de acuerdo con sus posibilidades. Pero los adultos, a veces, dejan ganar a los niños, o peor, cambian las reglas del juego con la finalidad de que ganen siempre los pequeños. Todos lo hacemos a veces, ¿no es verdad?

Esta puede ser una de las explicaciones por la cual algunos niños no pueden hacer frente a las frustraciones cotidianas sin desequilibrarse

psicológicamente. Dejar que los niños ganen siempre parece que es una actitud protectora, pero da al niño un enfoque irreal de la realidad, donde unas veces se gana y otras no. Así se aprende que las personas son buenas para algunas cosas, pero no para todas.

Los infinitos “por qué”

Siempre quieren saber algo a estas edades; pero, ¿con qué intención los niños hacen preguntas hasta cansar a los padres?

A veces los niños no escuchan las respuestas. Son irritantes más que curiosos. Estos son los signos claros de que el niño no quiere otra cosa sino cansar al adulto porque está en una lucha de poder.

Es importante que los padres expliquen cuando les sea posible pero, si las preguntas siguen, los adultos deben hacer algo más que responder solo con palabras. Si te marchas, significa no escuchar al niño, pero si le dices mirándolo “solo tienes una pregunta más”, es algo que funciona bien y además se establecen los límites necesarios en el proceso de educación.





con la persona que más quiere, su hijo, en la edad más vulnerable e importante de su vida.

Las pequeñas princesas y los pequeños príncipes

Si los padres hacen por los hijos lo que estos, desde pequeños, tienen capacidad de hacer, los convierten en inválidos en lugar de ayudarlos. Esto debilita mucho la autoestima y complica cada vez más cualquier iniciativa. Los pequeños príncipes, además de indignarse si tienen que hacer algo, esperan que los demás les resuelvan todo como si fueran sus servidores, y ellos, princesas y príncipes. En apariencia están muy orgullosos, pero su imagen de sí mismos está por los suelos, ya que son conscientes de su incapacidad, y ni siquiera intentan hacer lo que desean por miedo al fracaso. Para lograr sus objetivos llegan a engañar, mentir, amenazar, etcétera.

Y todo esto por amor de los padres... pero también por ignorancia. Si la herencia recibida fuera material, ¿con qué capacidad podrían los hijos administrarla?

Estos son algunos recursos para que los padres preparen a sus sucesores; es decir, para que sus hijos lleguen a lugares más elevados y desarrollados que los que ellos han alcanzado. Esto implica superar las propias dificultades.

La profesión de padre es al mismo tiempo la más difícil y la más fácil del mundo. Es difícil resistir todo el tiempo el ritmo de tu hijo y poder ver el mundo por los ojos de tu hija. Por otra parte, es fácil cuando llegas a casa y empiezas a dar órdenes a tus hijos, castigándolos por cada pequeña falta y después de algunos años exclamar: "Mira, él es mi hijo! Yo tengo el mérito de tener un hijo tan bueno!"

La responsabilidad que tiene un padre en los primeros siete años de vida es inmensa. Él es el modelo de sus hijos, él es quien les ofrece las condiciones de vida, educación, seguridad, etcétera. Prácticamente, del modo en el que los padres cumplan con este rol depende el futuro de sus hijos.

Mi amiga y amigo que estás leyendo este pequeño artículo, ten cuidado con el objetivo que te propones como madre o padre, porque puede transformarse en una realidad.

Consecuencias en lugar de castigos

«Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio» (2 Tim. 1: 7).

Nadie arregla su teléfono con una escoba. De la misma forma, los castigos no son una herramienta necesaria en la educación. Por eso, los padres tienen que actualizar sus recursos educativos. Actitudes tomadas en el pasado, como encierros en el cuarto, castigos sin cenar, pegar, etcétera, son como usar la escoba para arreglar el teléfono. Se pueden adoptar varias medidas teniendo en cuenta los siguientes principios: una multa es una pérdida material, prohibir una salida es una pérdida de libertad y el rechazo es una pérdida afectiva.

Dependiendo de la edad del niño, es importante que los padres lo ayuden a expresarse. Se trata de otro aprendizaje en el que debe pensar; aunque no podemos esperar que un niño de tres años vuelva del rincón con un discurso claro sobre sus acciones. Es conveniente que el niño tenga asignado un lugar de reflexión. Así calma sus ánimos y reconsidera su acción. Los motivos por los que un hijo

va a reflexionar a su rincón han de explicarse con firmeza, mirándolo a los ojos, para que pueda comprender y cambiar su conducta, por tanto, no debe ir acompañado de rabia, gritos o agresividad.

Las pérdidas también deben ser progresivas y acumulativas. Si el niño empieza a gritar, o a insultar, la cuenta de los minutos asignados para reflexionar deberá comenzar otra vez desde cero. El tiempo ideal para una reflexión no debe pasar de cinco minutos, ya que pasado el límite de su capacidad de concentración puede empezar a jugar o dormirse.

Los padres necesitan asumir su condición de instructores y hacer que su hijo entienda que se está portando de forma incorrecta. En lugar de aplicar castigos de manera aleatoria, tienen que reformular su manera de enfrentarse a la situación mediante conductas basadas en la coherencia, la constancia y las consecuencias para conseguir resultados favorables.

El padre que insulta o pega a un niño deja de apelar a lo mejor de sí mismo: los inagotables recursos del cerebro humano para lidiar

La **FAMILIA** y los **VALORES** **CRISTIANOS**

En la ladera de la montaña de la ciudad de Capernaún Jesús presentó ante una gran multitud los principios que iban a constituir su reino. Nada tenían que ver con los valores humanos usuales hasta esa fecha. Él rompió los estereotipos y profundizó en aquellas áreas que al hombre le es imposible penetrar por sí mismo. Con sus sabias palabras enseñó que la verdadera felicidad se encuentra más allá de los planos materiales y carnales.

La palabra “Bienaventurados”¹ resonó en aquel día como nueva luz para la humanidad. Jesús presentó su gran repertorio de ideas que, aun después de muchos siglos, siguen asombrando a la humanidad. Sus palabras penetran en la profundidad de la conducta y resuelven los nudos más intrincados de su naturaleza.

Los valores y principios que Cristo instituyó son un reflejo del carácter de Dios. Ennoblecen y elevan al individuo, a la familia y a la sociedad y, en cualquier parte donde se obedecen, hay un cambio personal y social para bien. Su correcta transmisión es de suma importancia para el desarrollo personal y social, y es en la familia donde estos valores inician su mejor recorrido y donde se pueden establecer de manera perdurable.



Antonio del Pino
Director de Ministerio
de la Familia de la UAE.

Necesitamos los valores cristianos

Los valores cristianos no son improvisados ni tampoco son cambiantes. Así como la buena alimentación ha sido necesaria en toda la historia de la humanidad para tener una buena salud, los principios y valores correctos son necesarios para alimentar el espíritu del

hombre y darle felicidad. Dice el libro de Proverbios: «*Fíate de Jehová de todo tu corazón y no te apoyes en tu prudencia, reconócelo en todos tus caminos y él enderezará tus veredas*» (Prov. 3: 5, 6).

Parménides de Elea, en su poema ontológico escribía: «los mortales [...] bicéfalos, yerran perdidos».² Este es un hecho innegable: hoy muchas personas, en un sentido figurado, no tienen una cabeza sino varias; no están unificadas en sus pensamientos, ni en sus sentimientos, ni en sus acciones, y yerran perdidos sin una referencia fiable.

Dice la Biblia: «*Hay camino que al hombre parece derecho pero su fin es camino de muerte*» (Prov. 14: 12).

Se cuenta la historia de un hombre que llegó a un pueblo y vio muchas flechas clavadas en el centro de numerosas dianas. Supuso que esa fabulosa puntería tenía que ser de algún arquero famoso. Preguntó quién era. Le dijeron que se trataba de un hombre trastornado que vivía en ese lugar.

Cuando le encontró le preguntó cómo hacía para dar siempre en el centro de la diana. «Eso es muy fácil –fue la respuesta. ¡Primero tiro las flechas y después dibujo los círculos!»³

Muchas personas viven así, como quieren; no se preocupan de normas o valores y, para justificar su proceder, dibujan círculos alrededor de sus vidas. Necesitan que todo gire en torno a ellas, aunque sea de manera ficticia. No encuentran un punto estable de referencia a donde dirigirse. Son como un cascarón a la deriva que las olas llevan a donde quieren.

Nuestro mundo está errático en un mar de ideas. Los líderes de la sociedad pregonan actitudes cada vez más confusas y contradictorias que desorientan y confunden a las personas. En esta confusión, la Palabra de Dios emerge como el sol que brilla a medio día. Los valores cristianos proclamados en ella tienen como origen la sabiduría divina y como destinatarios, la humanidad. Ellos realizan los pensamientos, los sentimientos y las emociones, conectando perfectamente bien con las necesidades humanas.

Practiquemos en la familia

Los valores cristianos tienen su fundamento en los principios de servicio y utilidad. Jesús dijo de sí mismo: «Porque el Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Mat. 20: 28).

Pablo, al hablar de los ángeles dice: «¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?» (Heb. 1: 14).

Asimismo, la naturaleza nos enseña que servir y ser útil es la base de su existencia. Las semillas crecen y se convierten en plantas útiles para la vida de los animales y las personas. El sol entrega cada día su luz y calor sin el cual no podríamos vivir. Los árboles dan sus frutos para nuestra salud. El mar entrega su agua que, al convertirse en nubes, riega la tierra. Sus manantiales, ríos y arroyos dan de beber a los animales y a los hombres...

«La más alta educación es la que imparte un conocimiento y una disciplina que conducen a un mejor desarrollo del carácter, y prepara al alma para aquella vida que se mide con la vida de Dios».⁴

Elcana, Ana y Samuel

La historia de esta familia la encontramos en 1 Samuel 1 y 2. «El padre de Samuel fue Elcana, un levita que vivía en Ramá, en el monte de Efraín. Era una persona rica y de influencia, un esposo bondadoso, y un hombre que temía y reverenciaba a Dios».⁵

Esta pareja no hizo nada extraordinario, salvo tener a Samuel. Si no fuera por el hijo, los dos –por fieles que hubieran sido a Jehová– muy probablemente habrían caído en el olvido. Solo Samuel, su notable hijo, es la causa que nos hace recordarlos en el relato de las Escrituras. De Elcana hablan poco más, pues se lo sitúa en un segundo plano. Amó realmente a Ana y la consoló en su dolor y,

según se relata, fue una persona religiosa que trataba de obedecer a Dios

«Aunque no se exigían sus servicios en el Santuario, como muchos otros levitas durante el periodo de los jueces» (Juec. 17: 8, 9), Elcana subía como un israelita común, con sus sacrificios propios, para animar a sus vecinos y darles un buen ejemplo. Aunque vivía rodeado de un mal ambiente, es claro que mantenía en alto su espiritualidad. Aunque Ofni y Finees eran corruptos, Elcana era fiel en su culto y en ofrecer sus sacrificios a Dios».⁶

Elena White indica que Ana fue la primera esposa de Elcana y que no podía tener hijos. Cada año, Elcana llevaba a su familia a la fiesta más jubilosa de los judíos: la fiesta de los Tabernáculos; pero para Ana aquel viaje no fue feliz.

Después de comer, Ana subió al templo y volcó su corazón en el Señor. «Con amargura de alma Ana oró y lloró abundantemente [...]. “Señor todopoderoso, si te dignas mirar la aflicción de tu sierva, y te acuerdas de mí, y me concedes un hijo, lo dedicaré todos los días de su vida a tu servicio» (1 Sam. 1: 10, 11).

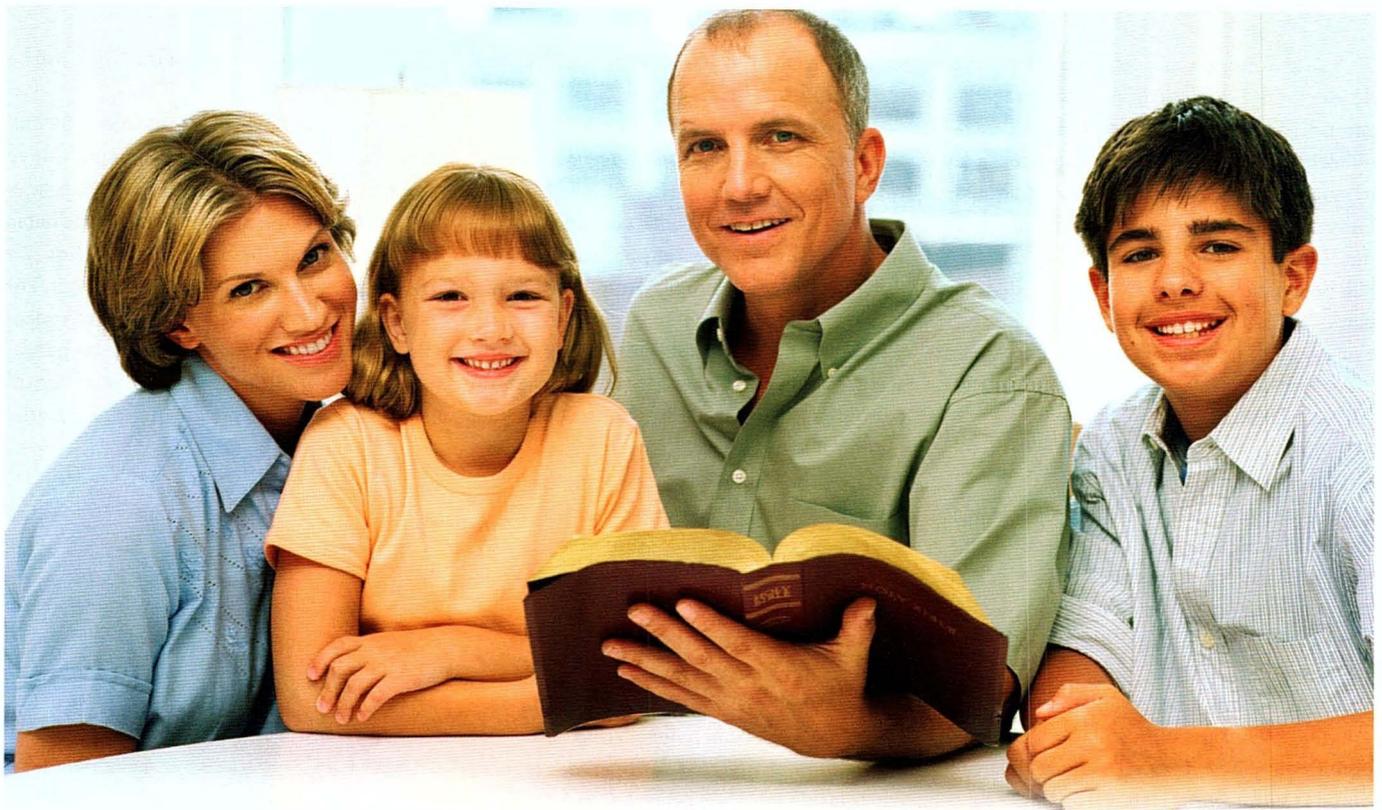
Después de descargar su corazón en Dios y hablar con el sacerdote Elí, su actitud cambió. Antes no quería comer, ahora comía; antes parecía triste, ahora su rostro resplandecía de gozo. Ahora todo estaba en las manos de su Consolador.

La Biblia aclara que Dios intervino (vers. 19) y Ana concibió y dio a luz un hijo al

que llamó Samuel que significa “Dios oyó” o “Pedido a Dios”.

Elena White habla del cuidado y formación del niño durante los años que estuvo con ella: «Desde que el niño diera sus primeras muestras de inteligencia, la madre le había enseñado a amar y a reverenciar a Dios, y a considerarse a sí mismo como del Señor. Por medio de los objetos familiares que lo rodeaban, ella había tratado de dirigir sus pensamientos hacia el Creador. Cuando se separó de su hijo, no cesó la solicitud de la madre





fiel por el niño. Era el tema de las oraciones diarias de ella [...] rogaba a Dios que su hijo fuese puro, noble y leal. No pedía para él grandeza terrenal, sino que solicitaba fervorosamente que pudiese alcanzar la grandeza que el Cielo aprecia, que honrara a Dios y beneficiara a sus conciudadanos».⁷

A pesar de la inmoralidad que rodeó la vida de Samuel, esta no hizo mella en él; al contrario, al combatirla llevó al pueblo a los pies del Señor. Esta victoria empezó por medio de la fidelidad de sus padres que le transmitieron principios y valores eternos que siempre acompañaron a uno de los dirigentes más importantes del pueblo de Israel.⁸

Los valores estables provienen de Dios

Los valores estables provienen de Dios. La forma de proceder del creyente convertido no está sujeta a incertidumbres o a los vaivenes cambiantes según las tradiciones de cada lugar. En cada cultura encontramos costumbres que hablan de la diversidad del sentir humano; sin embargo, el cristiano tiene la misma actitud positiva y constante en cualquier lugar a donde vaya. No es una posición basada en la soberbia o el orgullo, sino más bien un estilo de vida noble, educado y entregado. Como creyentes e hijos de Dios, no somos hijos de la oscuridad y el desorden.

Pablo oraba por los efesios para que «*el Padre de gloria, os de espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él [...]. Que alumbré los ojos de vuestro corazón*» (Efe. 1: 17, 18).

«Todo hogar cristiano debe tener reglas; y los padres deben, por sus palabras y su conducta, dar a los hijos un ejemplo vivo y precioso de lo que desean verlos llegar a ser. Debe manifestarse pureza en la conversación y debe practicarse constantemente la verdadera cortesía cristiana. Enseñemos a los niños y jóvenes a respetarse a sí mismos, a ser fieles a Dios y a los buenos principios; enseñémosles a respetar y obedecer la ley de Dios».⁹

Dios ha extendido alrededor de las familias muchas oportunidades de capacitación y formación. Riquezas que les harán la vida mucho más feliz y estable. El rechazo al Creador deja ciegos a aquellos que buscan sabiduría.

A veces trasladamos los privilegios del creyente solo al futuro, de manera que llegamos a sentir que no son reales para nuestra vida hoy. Pero esto no está en conformidad con lo que Dios quiere para sus hijos. En la actualidad, el Señor llena de privilegios a sus hijos dotándolos de sabiduría, conocimiento y de su poder para todos los que creemos y confiamos en él.

Con la muerte y resurrección de Jesús, Dios demostró lo que estaba dispuesto a hacer por nosotros. La resurrección fue una confirmación de la esperanza prometida, un nuevo amanecer, una nueva oportunidad. ¿Qué hechos hay más importantes y contundentes que la muerte y resurrección del Hijo de Dios que demuestren la disposición del Padre para darnos en Jesús todo lo que necesitamos?

Todo lo que precisamos para que nuestras vidas sean completas nos lo dio en él. ¿Qué privilegio pueden llegar a tener las familias cristianas que aprecian los valores de Dios, y los viven y transmiten a sus hijos! Al vivirlos en familia, junto a sus hijos, no solo los prepararán en una buena educación, sino para vivir en el cielo junto a su amado Maestro.

1. Sermón del monte (Mat. 5: 6, 7).
2. <http://www.dudasytextos.com/recursos/anecdotas.htm>.
3. Matutina *Sabiduría para hoy*, pág. 164.
4. Elena White, *La conducción del niño*, pág. 277.
5. Elena White, *Signs of the Times* (27-10-1881) t.7, N° 40.
6. Elena White, *Comentario bíblico adventista*, t. 2, pág. 455.
7. Elena White, *Patriarcas y profetas*, págs. 617, 618.
8. *En la prosperidad y en la adversidad*, Guía de estudio de la Biblia, págs. 94-99.
9. Elena White, *El hogar cristiano*, pág. 13.

En la **IGLESIA** todos somos **FAMILIA**

Tengo la bendición de disfrutar de una familia unida. He crecido con el privilegio de compartir la misma esperanza con gran parte de ella. Y aun en los casos que no es así, el respeto es tal que sigue habiendo unión. De forma que, aunque no todo es perfecto, sí es reconfortante en la mayoría de las ocasiones.

Sin embargo, sé que este privilegio, además de inmerecido, no es nada común. Reconozco que en ocasiones las familias son más fuente de preocupaciones y frustraciones que de alegrías. Como una institución clave en la sociedad y en la iglesia, los ataques que ha recibido son siempre certeros y malintencionados. Por eso, cuando las crisis familiares llegan, no es raro que en algunas conversaciones se termine citando con resignación una frase ya popular: “La familia no la eliges, solo eliges a tus amigos”. Y tiene parte de razón.

De nuestra familia, solo tenemos la capacidad de elegir a nuestra pareja. Poco más. En circunstancias especiales de adopción, se podría incluso llegar a “elegir a los hijos”. Pero en general, ninguno de nosotros hemos podido elegir a nuestros padres, hermanos, tíos, primos, sobrinos o parientes lejanos.

Por otro lado, una vez establecida la relación familiar –por nacimiento o matrimonio– un padre no puede dejar de ser padre, aunque sea uno malo. Un primo no puede dejar de ser primo, aunque nos juegue una mala pasada. Un tío no puede dejar de ser tío, aunque no nos caiga bien. Para bien o para mal, nuestros parientes son los que son, y son como son.

Esta percepción de “incontrolabilidad” de nuestra familia, o al menos de “no elección” de la misma, en principio podría parecer negativa o plantear tintes desalentadores. Sin embargo, puede constituir un factor que fomente la estabilidad de las relaciones familiares. ¿De qué forma?

En general, cuando las personas tienen la capacidad de elegir algo, afrontan peor las consecuencias eventualmente negativas de su decisión. Si algo sale mal y descubro que habría podido evitarlo, me resulta más difícil de superar que si no he tenido nada que ver en ello.

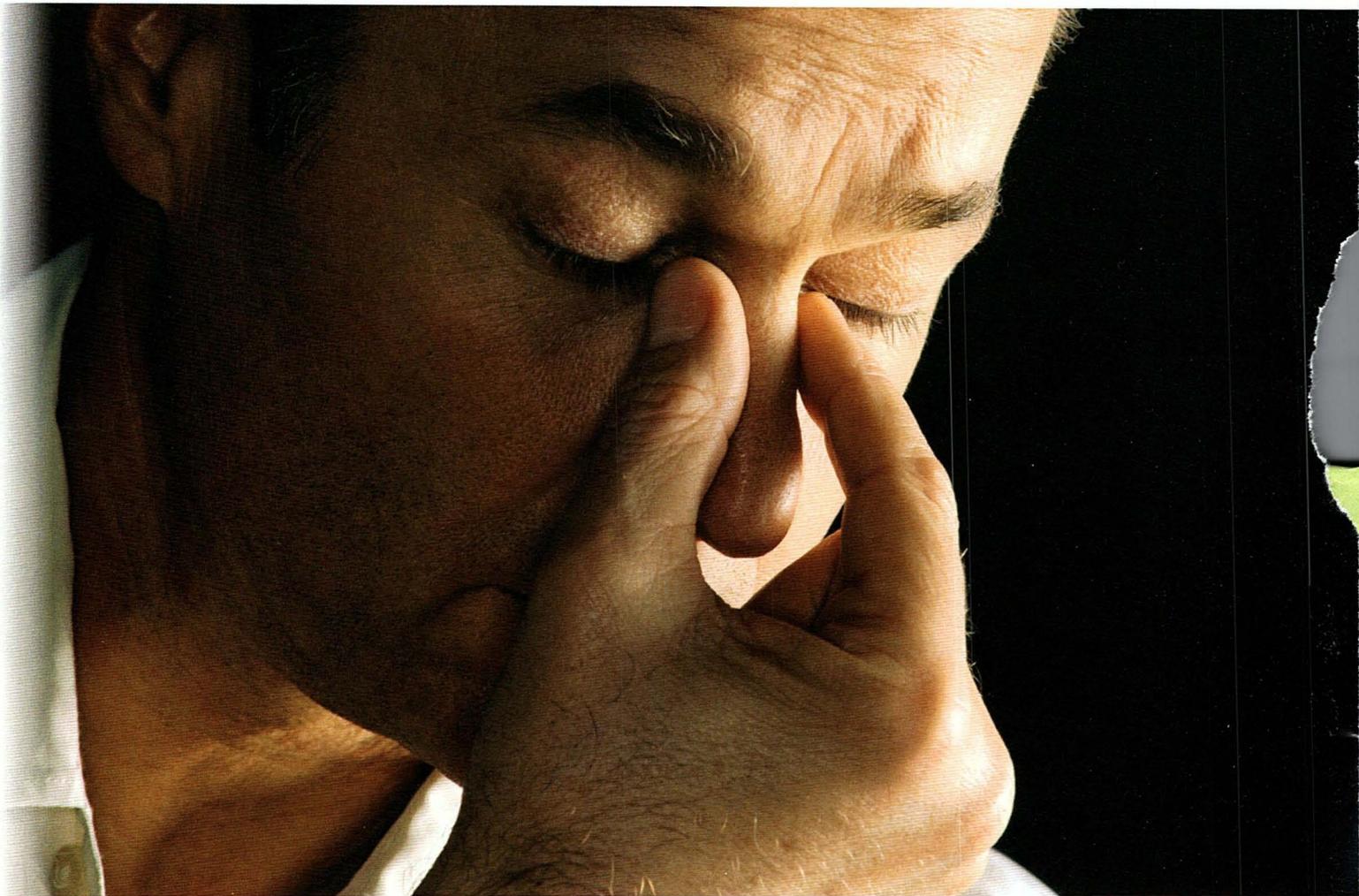
Los experimentos de psicología social que investigan la disonancia cognitiva señalan que cuando a una persona se le presenta una realidad como “ineludible” o “incontrolable”, tiende a sobrellevar mucho mejor las consecuencias negativas que si se siente responsable de dichas consecuencias. A largo plazo, la incontrolabilidad mantenida –en todo– puede generar depresión; pero, en momentos puntuales, puede resultar aliviadora.

En psicología esto se denomina el “locus de control”. Cuando algo sale mal, si mi percepción del locus de control es externo (yo no puedo hacer nada para evitarlo) me protege de frustraciones. Si es interno (depende de mí) me siento responsable y apesadumbrado por lo ocurrido. Aunque las implicaciones de estos procesos mentales son muchas y requerirían más espacio para analizarlas, en el caso que nos ocupa basta con aplicar esta percepción a mi familia como algo que “no depende de mí”.

Cuando vamos descubriendo a nuestra familia –cercana o extensa– con el paso de los años, encontramos en ellos motivos de alegría, disfrutamos de momentos especiales y vamos tejiendo una historia común llena de recuerdos que marcan nuestra identidad. Pero quizá, en ocasiones, también podamos afrontar motivos de preocupación, dolor o desánimo. Y es en estas situaciones negativas cuando entra en juego la realidad que planteamos: la familia no la eliges. Es la que es. Y esto –bien entendido– lejos de hundirnos o



Daniel Bosqued
Director del Departamento
de Jóvenes de la UAE.



deprimirnos nos permite afrontar nuestras relaciones familiares desde una perspectiva más amplia y estable que una mera elección por afinidad personal.

Es decir, la familia constituye una relación mucho más sólida que nuestros sentimientos o afinidades momentáneas. Aunque un pariente cercano no nos “caiga del todo bien”, sea “un poco desastre” o incluso nos haya hecho daño en algún momento, sigue siendo nuestra familia, y eso nos permite percibir sus aciertos y errores desde el filtro de lo “incondicional” y el tamiz del “amor fraternal”.

En mi labor pastoral he tenido que intervenir en situaciones intrafamiliares difíciles y momentos tensos en los que algunos miembros de una misma familia estaban enfrentados. Sin embargo, en alguna ocasión he visto con sorpresa como ese vínculo tenso se ha restaurado instantáneamente cuando los implicados han percibido la amenaza de “un tercero” externo al vínculo familiar. A pesar de los problemas o diferencias aún existentes entre ellos, esos problemas han quedado relegados a un segundo plano, u olvidados, al tener que “defender a la familia” ante un ataque externo. “Será como sea, pero es mi

familia”. “Con mi familia no se mete nadie”. Y ante esa ley, no caben fisuras.

Esta percepción del vínculo familiar, aunque más acentuada en algunos lugares, suele ser compartida en nuestra cultura. “Mi familia es mi familia”. Y aunque este planteamiento no siempre ayude a resolver los problemas internos subyacentes, en ocasiones sirve de cohesión y superación de rencores –al menos– entre parientes.

Cuando comparamos esta realidad con los amigos que sí elegimos, descubrimos que los buenos amigos –los de verdad– se llegan a percibir como “familia” precisamente por el carácter incondicional de su relación. «*En todo tiempo ama el amigo, y es como un hermano en tiempo de angustia*» (Prov. 17: 17). Los buenos amigos son los que están “a las duras y a las maduras”. En cambio, los conocidos o amigos no tan cercanos se acercan o alejan cuando las situaciones cambian. Todos necesitamos esa incondicionalidad en nuestras amistades y, cuando la percibimos, descubrimos con alegría que nuestra familia se amplía con amigos de verdad.

Pues bien, esta dinámica familiar y su percepción de incondicionalidad resulta del todo curiosa, porque Dios presenta al con-

junto de creyentes como “su familia”: «*Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios*» (Efe. 2: 19; cf. 3: 15). ¿Por qué ha elegido Dios esa metáfora? ¿Por qué no nos denomina simplemente los “amigos de Dios”? Sin duda que el vínculo que presenta el concepto de familia es el más íntimo; el más cercano y el más terapéutico para el ser humano. Dios se presenta como nuestro Padre, y nos iguala a todos como hermanos.

Pero, además de ese aspecto innegable, creo que la incontrollabilidad e incondicionalidad de la familia pueden ser parte de la explicación. Dios quiere que nos percibamos como familia a pesar de todo, y esto tiene implicaciones prácticas, sobre todo cuando hablamos de nuestra familia “de la iglesia”.

Cuando alguien acepta a Dios como su salvador personal y se bautiza, entra a formar parte –voluntariamente– de la gran familia de Dios. Comienza a llamar a los demás creyentes como “hermanos” y se integra en la dinámica eclesial como pariente de los demás. Pero la metáfora no termina ahí. Como el que se casa y comienza a conocer a su nueva familia en los parientes de su cónyuge, el nuevo converso va descubriendo a

sus nuevos “hermanos, tíos y primos” que constituyen su nueva familia extensa espiritual.

¿Qué puede ocurrir en el proceso? De la misma forma que en la familia uno puede descubrir virtudes y defectos en sus parientes, y puede disfrutarlos o soportarlos con cariño, en la familia espiritual uno puede descubrir que la familia extensa de la que forma parte puede no ser del todo ideal. Mi nuevo hermano de iglesia quizá no me caiga del todo bien. Mi nuevo “tío o primo espiritual” tal vez me cause dolor algún día. Algún miembro de la iglesia-familia a la que ahora pertenezco puede hacer la función de ese familiar “complicado” que nos da quebraderos de cabeza.

¿Qué hacer entonces? ¿Cómo afrontar un problema de disensión entre hermanos de iglesia? La propuesta que nos hace la Biblia al describirnos como parientes pasa por tener la perspectiva adecuada de la situación: ocurra lo que ocurra, pase lo que pase, te guste más o te guste menos, nuestros hermanos siempre serán nuestra familia.

Igual que la familia no se elige, a los miembros de iglesia que comparten nuestra fe y con los que coincidimos cada sábado tampoco los hemos elegido. Conozco a miembros de iglesia muy diferentes en educación, cultura, costumbres, gustos, pasatiempos, aspiraciones y temperamentos a los hermanos que se sientan a su lado cada sábado. En ocasiones son casi opuestos. Científicamente, casi se podrían considerar como “incompatibles”. Sin embargo, a pesar de todo, se llaman hermanos. No se han escogido, pero se han encontrado. No siempre concuerdan, pero se respetan. Son muy diferentes, pero son familia. Y eso es lo que importa.

Muchas veces se tiene la impresión de que, por el mero hecho de compartir iglesia y esperanza, todos debemos estrechar lazos de amistad e intimidad con todos los demás. Esto –además de innecesario– es materialmente imposible. No podemos tener cientos

de amigos íntimos. No podemos mantener una amistad intensa con todos los que nos rodean. Los amigos cercanos tienen una categoría especial, requieren una dedicación especial y su número es limitado por necesidad.

Sin embargo, sí que es posible percibir a todos los miembros de mi iglesia o mi comunidad como mi familia. Aunque no la conozca. Aquella que está por encima de enfados, discusiones o desavenencias. Aquella a la que defiendo. Aquella que, aunque no he elegido de forma explícita, se configura como parte de mí. Aquella con la que compartiré la eternidad.

El resultado puede –y debe– ser un cambio en nuestras relaciones en la iglesia. Debe implicar la aceptación incondicional del otro, y la superación de todos los rencores.

Pase lo que pase, y ocurra lo que ocurra, mientras Dios sea nuestro padre, siempre seremos hermanos. Porque en la iglesia, a pesar de todos los pesares, todos somos familia.

Que Dios te bendiga, a ti y a los tuyos.





¿Soy yo GUARDA de mi HERMANO?

Observamos por lo tanto que, aparte de que hay una necesidad de tener un hermano, una hermana, también esto se puede convertir en una experiencia edificante en la vida de una familia. Cada uno de nosotros sentimos la necesidad de ser protegidos pero, al mismo tiempo, sentimos la necesidad de ser relevantes para los demás o, por lo menos, para una persona.

Hace poco encontré un proverbio chino muy interesante: «Cuando dos hermanos trabajan juntos, las montañas se convierten en oro».

Desde pequeños, aparece en nosotros el deseo de tener más hermanos. Recuerdo una vez que me había quedado a la salida del culto a saludar a la gente. Había en aquella iglesia una niña de unos 4 años y era hija única. Ella siempre me saludaba un poco tímida pero con una sonrisa amplia a la salida del culto. Pero en esta ocasión, se adelanta a sus padres que estaban esperando en la fila y viene a saludarme, y con una cara muy seria me dice: «Pastor quiero hablar algo contigo. Quiero que hables con mis padres y que les digas que me hagan una hermana o un hermanito. Necesito a alguien con quien jugar, a quien cuidar». Pues como el asunto era tan serio tuve que hablar con sus padres.

Los pequeños desean tener hermanos o hermanas para tener a alguien con quien jugar, con quien pasar el tiempo, o porque han visto que sus amigos tiene hermanos, hermanas. Una vez que pasan los años, desaparece poco a poco esta necesidad de jugar y pasar el tiempo, y aparece la necesidad de protección. ¿Cuántos de nosotros, los que tenemos hermanos mayores, no hemos invocado en una pelea o discusión a nuestro hermano mayor como argumento decisivo: “Si no me dejas, se lo diré a mi hermano y ya verás”?



Cornel Serban
Pastor de la Iglesia de
Madrid-Emaús.

Privilegios y responsabilidades

Así que el hecho de tener hermanos y/o hermanas deposita sobre cada uno tanto privilegios como responsabilidades.

Entre las responsabilidades quiero empezar con una que es muy importante.

El hermano mayor como guarda

Fijémonos en la respuesta que da Caín cuando Dios le pregunta por su hermano, a quien él había matado: «¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?» (Gén. 4: 9). Ante a una pregunta muy simple, Caín habla de lo que a él le duele: desde que había matado a su hermano su conciencia no le dejaba en paz “le he matado cuando yo lo que tenía que hacer era velar por el bien de mi hermano”. Así que, en vez de mentir de una forma natural, porque esto es lo que se había propuesto: mentir, intenta descargar su conciencia en forma de pregunta: “¿Soy yo guarda de mi hermano?” Él ya conocía la respuesta. Y por eso no tenía paz. Nos damos cuenta de la importancia de no cuidar al hermano cuando vemos la dura consecuencia que sufrió Caín por no cumplir con su deber como hermano y por matar a Abel.

Es por esto que los padres tienen que enseñar a los hermanos mayores desde pequeños a cuidar a sus hermanos.

Otra forma en la cual un hermano mayor puede ayudar a un hermano menor es con las tareas de la escuela. Un hermano que ha pasado recientemente por las mismas materias puede explicarle mejor a un hermano que no entiende algunos de los problemas con los cuales se enfrenta.

El hermano como ejemplo

Hoy, como cristianos no matamos a nuestros hermanos, pero hay muchas formas más sutiles de caer en el mismo error que Caín. Lo que se ha observado es que los hermanos mayores se convierten en un ejemplo para los pequeños. En la etapa de la infancia, aun más cuando la diferencia entre los hermanos sobrepasa los dos años, los hermanos mayores se convierten en una especie de héroes para los menores quienes, desde pequeños, empiezan a imitar a sus hermanos. Y los que son padres y tienen dos niños con una diferencia de unos años se han dado cuenta que si el mayor pide agua, automáticamente, el otro también pedirá agua. Mientras crecen llegan a imitar su forma de vestir, su forma de hablar. Desgraciadamente, también se han dado casos en los que un hermano mayor ha introducido a otros hermanos en el mundo de las drogas. No le mata como Caín, pero le ayuda a que lo haga él mismo lentamente. Un hermano que estudia la Biblia, que ora, que se involucra en la iglesia puede ser un buen ejemplo para sus hermanos.

El hermano como cómplice

Llega también un tiempo en el cual se establece entre los hermanos una cierta complicidad y se transforman en confidentes los unos de los otros. En el trasfondo de una buena relación, los hermanos se cuentan entre sí lo que han vivido en sus vidas, sus relaciones, manteniendo de este modo todas estas cosas lejos del conocimiento de sus padres. Es allí donde un hermano mayor con sabiduría puede guiar a su hermano para que pueda entender mejor el mundo, para saber lidiar mejor con los sentimientos, y también ayudarlo a hablar con los que mejor le puede ayudar: sus padres.

El hermano como salvador

Aquí ya no se trata de un hermano mayor, porque salvador de sus hermanos puede ser cualquiera. Y como ejemplo de esto tenemos

la historia de José. En la historia de José encontramos primero un ejemplo de perdón: Pero José les dijo: *«Acercaos ahora a mí». Ellos se acercaron, y él les dijo: «Yo soy José, vuestro hermano, el que vendisteis a los egipcios. Ahora, pues, no os entristezcáis ni os pese haberme vendido acá, porque para salvar vidas me envió Dios delante de vosotros»* (Gén. 45: 4-5).

Lo triste en la historia de José es que gran parte de los problemas que había entre ellos les habían sido transmitidos por sus padres. Todos los enfrentamientos que habían tenido las esposas de Jacob por el tema del nacimiento de los hijos, que una (la que se sentía querida) no podía tener hijos, que la otra (no tan querida) tenía hijos, y no solo los tenía sino que lo celebraba de manera que su hermana se sintiera inferior. Los nombres que ponían a los hijos era como declaraciones de guerra o de victoria: Rubén (*«Mira, un hijo»*), Simeón (*«Dios me ha escuchado»*) Leví (*«Ligado, unido»*) Judá (*«Alabado sea el Señor»*). Estos son los hijos de Lea, pero después entra en acción la otra esposa, y como no puede tener hijos, le da a su esposo a su sirvienta para que tenga hijos con ella como si fueran suyos: Dan (*«Dios me ha juzgado»*) Neftalí (*«Las luchas del Señor»*). Después, viene de nuevo el turno de Lea, que sigue el ejemplo de su hermana y le da a Jacob a su sierva, y como tiene suerte con este movimiento le pone como nombre a al hijo que nace de esta Gad (*«Suerte»*). Este es solo un ejemplo de enfrentamientos. Y los niños han vivido en esta atmósfera y han sido influenciados. Pero cuando todo queda en las manos de José, decidió olvidarse de todo esto y cambiar las formas de hacer las cosas en su familia, y pone las bases de una nueva vida basada en el perdón y en el amor.

La familia, entre los hermanos, es el primer campo donde se puede practicar el perdón. José, el hermano envidiado, vendido por sus hermanos, les perdona, y no solo les perdona sino que se convierte en el principal sustento de toda la familia. Alimento en vez de venganza. José es la ilustración de lo que hizo Jesús –nuestro hermano mayor– cuando vino y dio su vida por nosotros, aunque no lo merecíamos.

A veces, lo único que tienes que hacer por tu hermano es alegrarte con él. A todos nos gusta tener a nuestro lado personas queridas tanto en los tiempos difíciles como en los buenos momentos. Qué pena que cierto hermano mayor no supo alegrarse de la vuelta a

casa de su hermano que había estado perdido por un tiempo. Dejó que la envidia, los resentimientos y sus propias frustraciones oscurecieran su mente, y por esto no pudo alegrarse por la salvación de su hermano (Luc. 15: 28-30).

El padre no le había pedido que hiciera nada para propiciar el regreso de su hermano; en realidad, no podría haber hecho nada. Lo único que le pidió fue que entrase en la casa y participara de la alegría de la salvación del hermano menor. Los hermanos tienen que facilitar la vuelta a casa y la reintegración de sus hermanos.

Hay una historia en la Biblia que forma parte de las historias que atraen mucho, y que nos habla sobre el valor, por un lado, del ejemplo personal; pero, aparte de esto, nos habla de la influencia que puede tener un hermano no solo en la vida de su hermano sino también en la vida de la futura familia de este. Se trata de la historia de David y Goliat. Esta es la parte conocida de la historia. Sabemos todos cómo David, el hermano pequeño, mató a Goliat. Pero también sabemos que David tenía hermanos mayores, y que tres de ellos estaban allí y presenciaron, es verdad que no muy contentos, el acto heroico de fe y coraje de David. Lo que perdemos de vista es que Goliat también tenía hermanos que eran iguales que él. Así que, una vez Goliat muerto, el peligro no había pasado ya que uno de ellos podía reemplazarle en una futura confrontación. Y al final esto es lo que pasó. Y nos cuenta la Biblia que todos los hermanos de Goliat, los gigantes descendientes de Gat, fueron muertos por David y sus siervos. Es interesante que uno de los valientes que mata a uno de los hermanos de Goliat se llama Jonatán y es hijo de Simea, uno de los hermanos de David que estuvo presente cuando David mató a Goliat. El poder del ejemplo.

Cuando decides enfrentarte en un acto de coraje y fe a los problemas que a veces son verdaderos gigantes, no solo sales como vencedor sino que también tú ejemplo lo seguirán tus hermanos, tus sobrinos y otros que entran en contacto con tu victoria.

Si el título lo vemos como una pregunta entonces a la respuesta es: *«No, nosotros no somos guarda de nuestros hermanos»*. Somos más que esto. Desde el amor, el cariño, la bondad, la valentía tenemos que ser un guía y, si hace falta, ser salvadores de nuestros hermanos.

Amén



La RELIGIÓN en

En la familia la religión consiste en criar a los hijos en la disciplina y admonición del Señor. Cada miembro de la familia debe ser sustentado por las lecciones de Cristo, y el interés de cada alma debe protegerse estrictamente, para que Satanás no engañe a nadie ni lo aparte de Cristo. Tal es el ideal que cada familia debe procurar alcanzar, resuelta a no fracasar ni a quedar desalentada. Cuando los padres son diligentes y vigilantes en su instrucción, cuando enseñan a sus hijos a procurar sinceramente la gloria de Dios, cooperan con él y él coopera con ellos en la salvación de las almas de aquellos hijos por quienes Cristo murió.

La instrucción religiosa significa mucho más que la instrucción común. Significa que debemos orar con nuestros hijos, enseñarles cómo deben acercarse a Jesús y hablarle de todo lo que necesitan. Significa que en nuestra vida debemos demostrar que Jesús lo es todo para nosotros y que su amor nos hace pacientes, bondadosos y tolerantes, aunque firmes en lo que se refiere a mandar a nuestros hijos después de nosotros, como lo hizo Abrahán.

Según os conduzcaís en vuestro hogar, queda anotado vuestro nombre en los libros del cielo. El que quiera

llegar a ser santo en el cielo debe ser primero santo en su propia familia. Si los padres son verdaderos cristianos en la familia, serán miembros útiles en la iglesia y podrán dirigir los asuntos de esta y de la sociedad como manejan lo que concierne a su familia. Padres, no permitáis que vuestra religión consista simplemente en profesarla, mas dejadla ser una realidad.

Es parte de la educación dada en el hogar

La religión del hogar se descuida terriblemente. Hombres y mujeres manifiestan mucho interés por las misiones en países extranjeros. Dan para estas en forma liberal y así procuran tranquilizar su conciencia, pues piensan que al dar para la causa de Dios expían la negligencia en que viven con respecto a dar el buen ejemplo en su hogar. Pero este es su campo especial y Dios no acepta excusa alguna por el descuido en que dejan ese campo.

Cuando la religión es algo práctico en el hogar, se logra mucho bien. La religión inducirá a los padres a hacer la obra que Dios quiso que se hiciera en la familia. Los hijos se criarán en el temor y admonición del Señor.



Elena White

la **FAMILIA**



El motivo por el cual los jóvenes de la época actual tienen tan poca inclinación religiosa estriba en que su educación es defectuosa. No se manifiesta verdadero amor hacia los hijos cuando se les permite ceder a la ira, o cuando se deja sin castigo la desobediencia a nuestras leyes. Como se tuerce la rama, así se inclina el árbol.

Para que la religión influya en la sociedad, debe influir primero en el círculo del hogar. Si se enseña a los niños a amar y temer a Dios en la casa, se verá que cuando a su vez salgan al mundo estarán preparados para educar a sus propias familias para Dios, y así los principios de la verdad se implantarán en la sociedad y ejercerán una influencia poderosa en el mundo. La religión no debe divorciarse de la educación dada en la familia.

Precede a la de la iglesia

En el hogar se echa el fundamento de la prosperidad que tendrá la iglesia. Las in-

fluencias que rijan la vida familiar se extienden a la vida de la iglesia. Por lo tanto, los deberes referentes a la iglesia deben comenzar en el hogar.

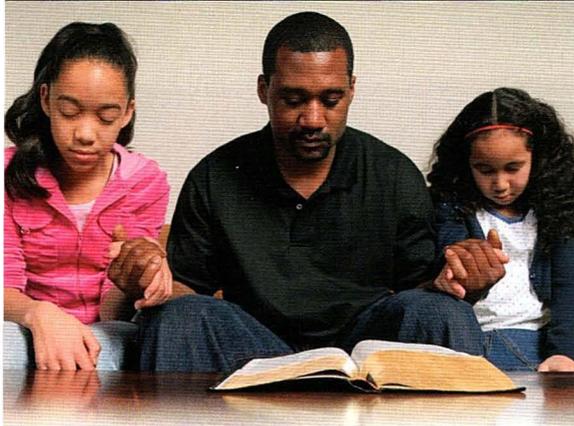
En el hogar donde falta la religión, la profesión de fe no tiene valor [...]. Muchos se están engañando al creer que el carácter será transformado cuando venga Cristo; pero cuando él aparezca no se convertirán los corazones. Tendremos que habernos arrepentido de nuestros defectos de carácter y tendremos que haberlos vencido por la gracia de Cristo durante el tiempo de gracia. Aquí es donde debemos prepararnos para formar parte de la familia celestial.

La religión es muy necesaria en el hogar, y las palabras que en él pronunciamos han de ser del carácter debido o de nada servirán nuestros testimonios en la iglesia. Nuestra religión será inútil si no manifestamos mansedumbre, bondad y cortesía en el hogar. Si hubiese más religión genuina en la familia, habría más poder en la iglesia.

Postergar la instrucción religiosa es un error

Dejar a los niños crecer sin conocer a Dios es algo muy grave. Los padres cometen un terrible error cuando descuidan la obra de dar a sus hijos educación religiosa, por pensar que saldrán bien y que, al tener más edad, anhelarán obtener experiencia religiosa. ¿No podéis ver, padres, que si no implantáis las preciosas semillas de la verdad, el amor y los atributos celestiales, Satanás sembrará cizaña en el campo del corazón? Con demasiada frecuencia se deja que los niños crezcan sin religión porque sus padres piensan que son aún muy tiernos para que se les impongan deberes cristianos [...]. Lo referente al deber de los niños en asuntos religiosos debe decidirse en forma absoluta y sin vacilación mientras son miembros de la familia.

Los padres ocupan frente a sus hijos el lugar de Dios para decirles con firmeza y perfecto dominio propio lo que deben hacer y lo que no deben hacer. Todo esfuerzo hecho en favor de ellos con bondad y dominio propio



cultivaré en su carácter los elementos de la firmeza y la decisión [...]. Los padres tienen el deber de decidir temprano esta cuestión para que el niño no piense en violar el sábado ni en descuidar el culto religioso o la oración en la familia, como no piensa en robar.

Las manos de los padres son las que deben construir la valla

Desde la más tierna edad debe iniciarse y llevarse adelante una sabia educación en lo que enseñó Cristo. Cuando los corazones infantiles son impresionables, se les ha de enseñar lo concerniente a las realidades eternas. Los padres deben recordar que viven, hablan y obran en presencia de Dios. Padres, ¿qué conducta seguís? ¿Guía vuestra obra la idea de que en asuntos religiosos vuestros hijos deben estar libres de toda restricción? ¿Los estáis dejando sin consejo ni admonición durante su infancia y juventud? ¿Les estáis permitiendo que obren como les agrade? Si obráis así, estáis descuidando las responsabilidades que Dios os dio.

Adáptese la instrucción a la edad del niño

Tan pronto como los pequeñuelos tienen entendimiento, los padres deben contarles la historia de Jesús para que puedan absorber la preciosa verdad acerca del Niño de Belén. Inculcad en los niños sentimientos de piedad sencilla, que se adapten a sus años y a su capacidad. Llevad a vuestros hijos en oración a Jesús, pues él hizo posible que ellos aprendan la religión mientras aprenden a formular las palabras del idioma.

En muy tierna edad, los niños son susceptibles a las influencias divinas. El Señor dedica a estos niños su cuidado especial; y cuando se crían en la disciplina y amonestación del Señor, resultan en una ayuda para sus padres, y no en un estorbo.

Ambos padres deben cultivar la religión en el hogar

Al padre y a la madre incumbe la responsabilidad de sostener la religión en el hogar. No se cargue la madre con tantos cuidados que

no pueda dedicar tiempo a las necesidades espirituales de su familia. Soliciten los padres a Dios que los guíe en su obra. Arrodillados delante de él, obtendrán una verdadera comprensión de sus grandes responsabilidades, y podrán confiar a sus hijos a Aquel que nunca yerra en sus consejos e instrucciones [...]. El padre de la familia no debe dejar a la madre todo el cuidado de dar instrucción espiritual. Una gran obra debe ser hecha por los padres y las madres, y ambos deben desempeñar su parte individual en la preparación de sus hijos para el gran examen del juicio.

¿Qué no logrará la religión en el hogar? Realizará la obra misma que Dios quiso que se hiciera en cada familia. Los hijos se criarán en la disciplina y admonición del Señor. Serán educados y preparados, no para ser esclavos de la sociedad, sino miembros de la familia del Señor.

Esperan ver a sus padres vivir en forma consecuente

Todo deja su impresión en la mente juvenil. Ella estudia el rostro, siente la influencia de la voz, e imita la conducta ajena. Los padres irritables dan a sus hijos lecciones acerca de las cuales, en alguna época de su vida, querrán con toda el alma que fuese posible hacérselas olvidar. Los hijos deben ver en la vida de sus padres un espíritu consecuente con su fe. Llevando una vida que concuerde con sus principios y ejerciendo dominio propio, los padres pueden amoldar el carácter de sus hijos.

Dios honra a una familia bien ordenada

Los padres y las madres que ponen a Dios en primer lugar en su familia, que enseñan a sus hijos que el temor del Señor es el principio de la sabiduría, glorifican a Dios delante de los ángeles y delante de los hombres presentando al mundo una familia bien ordenada y disciplinada, una familia que ama y obedece a Dios, en lugar de rebelarse contra él. Cristo no es un extraño en sus hogares; su nombre es un nombre familiar, venerado y glorificado. Los ángeles se deleitan en un hogar donde Dios reina supremo, y donde se enseña a los niños a reverenciar la religión, la Biblia y al Creador. Las familias tales pueden aferrarse a la promesa: «Yo honraré a los que me honran».

Hágase atractiva la religión

Hágase atractiva la vida cristiana. Háblese del país donde han de establecer su hogar los

que siguen a Cristo. Mientras hagáis esto, Dios guiará a vuestros hijos a toda la verdad, llenándolos del deseo de hacerse idóneos para las mansiones que Cristo ha ido a preparar para los que le aman. Los padres no deben obligar a sus hijos a tener una forma de religión, sino presentarles de una manera atractiva los principios eternos [...]. Necesitamos presentar a los jóvenes un incentivo para hacer el bien. No bastan para ello la plata ni el oro. Revelémosles el amor, la misericordia y la gracia de Cristo, la preciosidad de su Palabra y los goces del vencedor. Mediante tales esfuerzos se hará una obra que durará por toda la eternidad.

¿Por qué fracasan ciertos padres?

Aunque profesan ser religiosos, ciertos padres no recuerdan a sus hijos el hecho de que debemos servir a Dios y obedecerle, sin que las conveniencias, los placeres o las inclinaciones nos impidan cumplir lo que él requiere de nosotros. «*El temor de Jehová es el principio de la sabiduría*». Este hecho debe entretenerse con la vida misma y el carácter. El concepto correcto de Dios por el conocimiento de Cristo, quien murió para que fuésemos salvos, debe inculcarse en la mente. Tal vez penséis, padres, que no tenéis tiempo para hacer todo esto, pero debéis tomaros tiempo para hacer vuestra obra en la familia; de lo contrario Satanás suplirá la deficiencia. Eliminad de vuestra vida todo lo que os impida hacer esa obra, y preparad a vuestros hijos de acuerdo con las órdenes divinas. Descuidad cualquier cosa de naturaleza temporal, contentaos con vivir económicamente, reducid vuestros deseos, pero por amor de Cristo no descuidéis vuestra propia preparación religiosa ni la de vuestros hijos.

Cada miembro de la familia dedicado a Dios

Las instrucciones que Moisés dio acerca de la Pascua rebosan de significado, y se aplican a los padres y a los hijos en esta época del mundo [...]. Resuelvan los padres cristianos que serán leales a Dios, y reúnan a sus hijos en derredor suyo en el hogar, para rociar el dintel con sangre que representa a Cristo como el Único que puede proteger y salvar, para que el ángel destructor pase por alto el amado círculo de la familia. Vea el mundo que obra en el hogar una influencia más que humana. Mantengan los padres una relación vital con Dios, declárense de parte de Cristo y demuestren por la gracia de él cuánto bien puede lograr la actuación paterna.

JESÚS, nuestro EJEMPLO



A lo largo de esta bonita semana de familia hemos ido tratando distintos aspectos relacionados con la conversión, y cómo la familia puede tener un papel muy importante en esta magna experiencia. En cada uno de los días se ha abordado este tema desde distintos ángulos, todos ellos muy relevantes

En este último día vamos a hablar de quien es nuestro ejemplo supremo en todo: Jesús. A su alrededor se producían maravillosas conversiones que generaban grandes cambios en las vidas de las personas. ¿Es posible que a nuestro alrededor, en el seno de nuestros hogares, se puedan producir experiencias espirituales de esa naturaleza si seguimos su ejemplo?

¿El objetivo de esta reflexión? Que podamos ser instrumentos de Dios para que puedan producirse conversiones y hermosas experiencia espirituales en el seno de nuestros hogares.

Por qué vino Jesús

La respuesta es bien clara. Solo tenemos que acercarnos a uno de los textos de la Escritura más memorizados por niños y mayores: «[...] para que todo aquel que en él crea no se pierda sino que tenga vida eterna» (Juan 3: 16). Jesús vino para hacer realidad la conversión del mayor número posible de seres humanos, de tal modo que pudieran pasar de la muerte a la vida.

Ese fue su propósito cuando estuvo en la tierra, y siguió siéndolo después de haber ascendido al cielo para estar en la presencia del Padre. Prueba de ello es que cuando estaba encomendando a Pablo lo que

debía ser su misión en esta tierra, le dijo: «[...] para que abras sus ojos, a fin de que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios, para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados» (Hech. 26: 18).

Aplicación 1

Todos convendremos en que esta es también, y de una forma muy especial, la misión de los esposos, de los padres y de las madres, de los abuelos... Todos podemos y debemos hacer nuestra esta misión: que nuestros seres queridos “abran los ojos”, “que se conviertan”, “que reciban perdón” y que un día puedan recibir “herencia entre los santificados”.

Cuando Pablo recibió este cometido, todavía se llamaba Saulo y, hacía poco, su mente «respiraba amenazas y muerte» (Hech. 9: 1). Había recibido una educación esmerada, pero sus pensamientos y sus sentimientos dejaban mucho que desear. No parecía saber mucho del amor, de la paciencia, de la bondad, de la entrega... Su corazón era justiciero, y su espíritu duro y vengativo. ¿Cómo y de dónde podría ahora aprender lo necesario para llevar a cabo la obra que se le encomendaba? Después de estar tres días ciego, en la calle que se llamaba Recta, en Damasco, cuando sus ojos por fin se abrieran, ¿a dónde debían mirar para poder aprender?

¿Cómo podría él ser capaz de conducir a las personas para que se convirtieran de las “tinieblas a la luz”? ¿De qué forma podría ayudar a que se abrieran sus ojos? ¿Lograría él ser un instrumento para que pu-



Antonio Martínez
Secretario Ministerial de la Unión
Adventista Española.



dieran alcanzar el perdón seres que andaban errantes, desorientados o incluso sumergidos en el fango del pecado? ¿Podría él ser usado para que un día otras personas llegaran a alcanzar esa maravillosa “herencia entre los santificados”? Sin duda, todo ello debió ser motivo de largos momentos de reflexión por parte de Pablo en el tiempo que sucedió a aquel llamamiento.

Aplicación 2

Podría plantearse que tal vez fuera conveniente dedicar tres días a la reflexión acerca de los cambios que pueden ser necesarios en nuestra vida para poder cumplir esa misión en nuestros hogares de una forma efectiva, de manera que se puedan producir poderosas conversiones entre nuestros seres queridos.

Aprendiendo de Jesús

Jesús, nuestro Maestro, dijo: «*Aprended de mí*» (Mat. 11: 29).

Pablo comprendió que debía tener «*puestos los ojos en Jesús*» (Heb. 12: 2), y que debía convertirse en un fascinado imitador de su Maestro divino si quería aprender y llevar a muchas personas hasta su herencia eterna.

Para Pablo esto llegó a ser tan primordial en su vida que pudo alcanzar a decir: «*Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo*» (1 Cor. 11: 1) –es importante notar que este texto es la parte final de las siguientes palabras: «*no procurando mi propio beneficio, sino el de los demás, para que sean salvos*» (1 Cor. 10: 33). Sed imitadores de mí, como yo de Jesús –nos dice Pablo– buscando el beneficio de los demás y procurando la salvación de todos aquellos que sea posible alcanzar.

Jesús habló con los publicanos, rió con la gente, tocó a los leprosos, contó historias, jugó con los niños... y se producían conversiones de corazones, incluso de dañados y endurecidos corazones. Y Pablo quiso aprender de él, y lo logró.

Todos nosotros también nos debemos sentar en el pupitre y recibir las clases magistrales del Maestro de maestros, para que en nuestro hogar se puedan producir auténticas conversiones, o reafirmarse las que ya se produjeran un día.

Nuestro profesor entra en la clase y dice, también a nosotros: “Sed imitadores de mí, que soy...”

¡Y ya tenemos la primera lección! ¡Increíble!: “que soy”, no que digo, no que opino, no que simulo, no que... sino “que soy”. Jesús es auténtico, él es nuestro ejemplo desde su

autenticidad, desde su realidad. No hay en él disimulo sino perfecta coherencia.

Aplicación 1

Seamos auténticos en nuestro hogar. No seamos personas diferentes dentro y fuera. Debemos ser consecuentes con lo que decimos y con lo que creemos. Si nos equivocamos, reconozcámoslo, pidamos perdón. Tenemos derecho a no ser perfectos, pero no a ser incoherentes o falsos. Esto alejaría a los nuestros de la experiencia de la conversión, o puede acabar matándola si se ha producido anteriormente.

Jesús continúa: «... *que soy manso y humilde de corazón*».

¡Por favor, Jesús, un momento! ¡Espera! Necesito apuntar esto... ¡en mi mente! “Manso y humilde”.

Aplicación 2

Solo desde la humildad y la mansedumbre se podrá ser instrumento de Dios para producir en nuestros seres queridos –o en cualquier otra persona – la experiencia de la conversión.

Un creyente que se sienta superior, que intente imponer, que se muestre «*sabio en su propia opinión*» (Prov. 3: 7), que «*crea ser algo*» (Gál. 6: 3), que no respete a los demás –incluidos los suyos, por pequeños de edad que sean– no ayudará para que se produzca la experiencia de la conversión. Podrá conseguir disciplina, obediencia, silencio... pero no conversión para vida eterna. Pablo, nuestro alumno aventajado, nos recuerda que debemos «*estimar cada uno a los demás como superiores a sí mismo*» (Fil. 2: 3). Seamos capaces de aprender de nuestro cónyuge, de nuestros hijos, de nuestros progenitores, tal vez ya mayores... porque todos reciben de Dios.

Tal vez haya quien sienta preocupación por conseguir el respeto y la obediencia. Cuando miramos a Jesús, podemos ver que se preocupó más por el corazón que por la conducta, aunque esta expresará finalmente la verdad de lo que se ha producido en nuestro interior. Pero no cambiemos el orden. No funciona. Él, nuestro ejemplo, «*nos amó primero*» (1 Juan 4: 19).

Ambas, la humildad y la mansedumbre, se ven brillar de una forma especial en la cruz, donde nuestro Maestro «*se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres*» (Fil. 2: 7). Y ese es el mensaje que Pablo escogió como el centro



de su misión: «*resolví no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a este crucificado*» (1 Cor. 2: 2).

Jesús no reaccionó ante los insultos y provocaciones, sino que dio respuesta a la necesidad de salvación que tenía el género humano. Esto fue posible por esa mansedumbre, esa paz interior, esa serenidad del alma... que hizo que aquel centurión, presente en aquellas escenas, dijera: «*Verdaderamente este era el hijo de Dios*» (Mat. 27: 54). Solo por las manifestaciones físicas que se estaban produciendo, no se habrían expresado estas palabras.

Miremos a Jesús, aprendamos de él, en toda circunstancia, pero aun de una forma especial en la cruz: «*Si fuere levantado, a todos atraeré a mí mismo*» (Juan 12: 32). Y si, como Juan, pudiéramos elevar nuestra mirada hasta encontrarse esta con la suya, no podríamos dejar de recordar sus palabras: «*Aprended de mí, que soy manso y humilde*», y de musitar que también es amoroso y puro, tierno y bondadoso, comprensivo y compasivo, paciente y generoso... y sentir que todo ello es poderoso para capturar nuestro corazón, como también puede ser poderoso para capturar cada corazón de los nuestros.

Aplicación 3

No te saltes ningún capítulo de las enseñanzas que te ofrece el ejemplo de Jesús. Aprovecha cada detalle, no dejes pasar de largo ni una gota del manantial de vida que es nuestro Maestro.

Cada mirada, cada palabra, cada toque de su mano, estaban llenos de todo eso que él era y sigue siendo. Y, sobre todo, no te saltes el capítulo de la cruz, a solas, y con los tuyos.

Aplicado esto en nuestras vidas y en nuestros hogares, producirá y renovará conversiones.

Una preocupación razonable

Pablo expresó la preocupación de que no fuera a ser que «*habiendo proclamado a otros* [...]» (1 Cor. 9: 27) él mismo fuera a ser reprobado. Que después de haber predicado, aconsejado y servido, finalmente no recibiera su «*corona de justicia*» (2 Tim. 4: 8)

Sin embargo, Pablo se ubicaba dentro de la expresión «*nosotros que somos salvos*» (1 Cor. 1: 18). Él sabía a quién había creído (2 Tim. 1: 12), pero en su humildad y comprensión de su naturaleza humana, velaba para permanecer firme “en aquel día”.

Aplicación

Nosotros también debemos velar, y hacerlo no solo por nosotros, sino también por nuestros seres queridos, esos seres amados que están a nuestro alcance, al alcance de una mirada, de una sonrisa, de un abrazo, de una conversación y, sobre todo, de un ejemplo. Y todo ello, no lo olvidemos, puede “salvar”.

Jesús es el ejemplo supremo, como lo fue para Pablo. Ojalá que por estar tan cerca de Jesús, aprendiendo de él, imitándole, puedan cumplirse en nosotros sus palabras: «[...]

para que vean vuestras buenas obras (miradas, palabras, gestos, acciones) [...] y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (se conviertan)» (Mat. 5: 16).

Conclusión

El Señor quiere darnos la victoria. No nos distraigamos. Mirémosle a él siempre, y no perdamos de vista tampoco a nuestros seres amados. Él nos dio esos seres tan especiales. Pidámosle al Señor que nos use como instrumentos en sus manos para que un día, todos juntos, estemos en su presencia.

Para ello, a la espera de “aquel día”:

1. Seamos auténticos en nuestros hogares, sin ningún tipo de doblez.
2. Busquemos en nuestra vida la humildad y la mansedumbre de Jesús.
3. Aprovechemos todas las lecciones de nuestro gran Maestro, que nos hablan de amor, bondad, comprensión, ternura, respeto...

Seremos entonces testigos de grandes y hermosas experiencias espirituales en el seno de nuestros hogares, en forma de conversiones y consagración verdaderas.

Un texto final: «*Y se dirá en aquel día: He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado para que nos salvasse; este es Jehová a quien hemos esperado; nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación*» (Isa. 25: 9).

Que estas palabras, de gozo y alegría, puedan ser, “en aquel día”, expresadas en plural por cada familia cristiana, al recibir, todos juntos, “herencia entre los santificados”.

Edificamos familias

596

Nibia Pereyra de Mayer, 1996 (1954-)

Nibia Pereyra de Mayer, 1996 (1954-)

1. El ho - gar es lu - gar don - de en - con - tra - mos un re -
 2. Com - par - ti - mos son - ri - sas y a - le - grí - a, nues - tros
 3. Tu i - gle - sia, Se - ñor, es la fa - mi - lia que nos

fu - gio de paz y a - cep - ta - ción. Aun - que no com - par - ta - mos o - pi -
 sue - ños se vuel - ven rea - li - dad. Las pa - la - bras de a - pre - cio nun - ca
 u - ne, a - lien - ta y da va - lor. De dis - tin - tas na - cio - nes y co -

nio - nes, nos reu - ni - mos a - llí pues hay a - mor.
 fal - tan si Je - sús es el cen - tro del ho - gar.
 lo - res, pe - ro to - dos con u - na mis - ma fe.

Coro
 E - di - fi - ca - mos fa - mi - lias, ne - ce - si - ta - mos del Se - ñor.

Él es el ú - ni - co que pue - de lle - nar nues - tras vi - das con a - mor.

Es propiedad de Nibia Pereyra de Mayer. Usado con permiso.